

Tomografía de lo ínfimo



LAURA SOFÍA RIVERO



ensayo

Tomografía de lo ínfimo

Laura Sofía Rivero obtuvo el premio único de ensayo en el IX Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Vicente Quirarte, Jorge von Ziegler y Héctor Anaya.

COLECCIÓN LETRAS



ensayo

LAURA SOFÍA RIVERO

TOMOGRFÍA
DE LO ÍNFIMO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Tomografía de lo infimo

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Laura Sofía Rivero Cisneros

ISBN: 978-607-495-638-2

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/32/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Índice

- 13 Minifacio
- 15 Meditación sobre las uñas
- 25 El séptimo mandamiento: ensayo de un crimen
- 35 Imprecación contra los baños públicos
- 45 Circunferencia de las canicas
- 55 Bolsas que guardan bolsas
- 61 Manifiesto sobre el uso de pantuflas en la oficina
- 69 ¿Quién falta de la propina? o de las comidas en grupo
- 77 Llego en cinco minutos
- 85 Análisis estructural de tus besos

89 Pornografía del doble tocino

95 Finitud del antropónimo

A José Antonio y Anita, la semilla
A Eduardo y Miguel, la fe
A Héctor, los motivos

Pero hay un problema que, a veces, me preocupa:
la piedra en el zapato,
el aire que se agita y me despeina
y el araño del que convalezco.

Es el Mal. Con Mayúscula. Es la prueba patente
de que en el Universo algo falló
y alguien tiene la culpa: Dios, el diablo,
nuestros primeros padres o los últimos.

ROSARIO CASTELLANOS
“Mala fe”

Minifacio

Ínfimo e infierno, vocablos consanguíneos; el cauce de sus venas filológicas nace en las aguas de la palabra *inferior*. ¿Basta con bajar la cabeza para llegar a las profundidades? No. Se necesita de observación precisa, esa capaz de hallar una moneda sobre el asfalto. Tesoro mínimo que, aunque superficial, no se muestra ante cualquier pupila.

Las cosas diminutas no necesariamente son pequeñeces. La humanidad se cifra en las moronas, las células y las pelusas. Son colosos el amor, el tiempo y la muerte; ¿pero qué no acaso está también la pasión en un roce? ¿O la perfección de Dios en una canica?

Lo ínfimo podría importar muy poco, pero hasta el Titán está compuesto por átomos.

Ínfimo es también elemental.

La gota deja de ser gota si se consagra a la lágrima, al vaso de agua, al mar, al océano.

Meditación sobre las uñas

I

La enseñanza general dictamina que apreciemos nuestro cuerpo como un templo. Se le debe tener bien atendido, limpio y primoroso. Por eso, es tanto el esfuerzo que nos incita a dejar de fumar mediante ilustraciones soeces. De esta misma sentencia nace el empeño por publicitar el cuidado del organismo a través de revisiones mensuales en el IMSS —*chécate, mídete, muévete*— aunque, en la realidad, sólo es posible obtener una cita por semestre debido a la apretada agenda de la burocracia caótica. A pesar de todo este aparato de la prevención y exaltación, hay partes del cuerpo que no dejan de parecer meros ornamentos. No dan razones suficientes para explicarnos por qué se encuentran allí. Sin embargo, sólo cuando esas pequeñas piezas fallan nos percatamos de su importancia fundamental. Nadie sabe lo que tiene hasta que lo mira enfermo.

Las uñas de los pies son recubrimientos que no resultan tan vitales ni necesarios como la musculatura del corazón, el movimiento intestinal que nutre la sangre, la vida eólica de los pulmones, ni qué decir de esa formidable red neural que se tiende en nuestro cerebro como telaraña. Las uñas destacan, quizá, por su dureza y porque las mujeres las decoran con barnices que las hacen oler por un tiempo a mueble de madera recién pintado; sin embargo, una uña no resuelve

ecuaciones algebraicas ni se satisface en un orgasmo. Por eso, carga con la condena de ser un elemento inferior ante los ojos del pragmatismo.

Mi oftalmólogo de cabecera dice que si nos dieran a elegir entre nuestros cinco sentidos para renunciar a alguno, nadie optaría por perder la vista. Hace buena publicidad de su negocio, como el orador nato que es; lo cierto es que tiene razón: es completamente posible trazar una jerarquía de nuestro cuerpo. Si fuera necesario desprendernos por convicción de alguna parte de la catedral física que cargamos a diario, es probable que prefiriéramos privarnos acaso de uno que otro cabello, pelito de rana calva. Aunque seguramente la vanidad mediaría para elegir a alguna uña, quizá de los pies para que no se note más que en esos días de playa en Acapulco.

Qué fácil parece renunciar a ellas. Las uñas son diminutas. Son insignificantes. Son trivialidad del hueso. Pero son, también, una verdadera calamidad cuando se enferman.

II

El podólogo vistió sus guantes de látex. Mientras lo miraba recostada sobre el sillón azul desvencijado, sólo podía pensar en la similitud que un consultorio como éste tiene con el del dentista. Las alicatas chillaron sordamente al golpear contra la bandeja de metal. Comencé a quitarme la calceta. Lo hice despacio. Como si unos segundos de evasión ante el inminente comienzo de la tortura, fueran significativos; una ganancia. Mi mirada revoloteó entre algodones, gasas, pinzas y aparatos ignotos surcando el aire como una mosca desesperada sin rumbo. El podólogo fijó desdeñosamente sus pupilas en mis calcetas. Con mayor precisión, en el ridículo diseño de vaquitas con fondo azul —60% algodón, 30% nailon, 10% viscosa— que aún lucía mi pie sano. Por vergüenza, escondí la otra bajo mi muslo. La enfermedad y mi moda infantil me hicieron sentir doblemente vulnerable. El hartazgo de los ojos

del médico fue un dardo certero y directo a mi confianza. Observó mi dedo pulgar rechoncho y lastimado. *Bueno, en estos casos: “Al mal paso, darle prisa”*, habló la sabiduría popular mediante su boca.

¿Al mal paso? Nunca dejará de sorprenderme la facilidad con la que se puede hacer humor negro involuntario.

III

La uña, para cobrar sentido, se entiende como un conjunto. Se les llama en plural por las dos decenas que coleccionamos en las ramas de nuestro cuerpo como partes necesarias de los dedos. Son gorritos de piel endurecida, calcio y queratina fosilizados para hacer un contraste con la suavidad de la palma o dorso de la mano.

La condición natural de la uña es ser una con el dedo. Se ensamblan en una unión irrefutable que da humanidad a nuestras manos y, a un mismo tiempo, remembranza de las garras animales. La uña es símbolo de la dualidad entre la sensatez y la bestialidad humana. Por un lado, es el medio que usa el tacto a detalle. Ése en el cual las puntas de los dedos son inútiles e inservibles para el roce minucioso. Esta primera cara de la uña racional representa a la técnica y a la especificación; es la que usamos para robar una pestaña caída en el pómulos del otro o para pelar la frágil cáscara traslúcida de una nuez de Castilla. La otra cara de la uña es de bestia salvaje, aquella que rasga y rompe. Se parece a un cuchillo filoso pues es capaz de incrustarse para hacer el daño de un arma blanca. Uña mortífera que lija, destruye y atraviesa.

IV

La fortuna de las personas podría dividirse en dos: aquellas cuyos pies se adornan por uñas cuadradas como mente de contador y, en un segundo grupo, los que padecen de tener uñas amorosas que se

abrazan a la carne. La genética conspiró para darme uñas redondeadas que se pierden entre los pliegues del dedo y con ello enseñarme una lección: uno no sabe lo que es el dolor hasta que el podólogo te arranca una uña encarnada.

Mala hora es aquella en la que uno decide sumergirse en las cobijas de la cama a sabiendas de que hay un piquito enterrado en la blanda piel del dedo. No se necesita ser Hipócrates para descubrir que algo marcha mal cuando el pie roza con la suavidad de la sábana y, en un instante, se padece un dolor insoportable. La levedad lastima, lo mullido raspa. La esquina del pulgar, regordeta bolita semejante a un dulce de leche, no soporta el peso de lo lívido.

La enfermedad nos da luz sobre nuestro cuerpo. Enfatiza el milagro de la salud, la confortabilidad de la vida en la carne y la grasa. Es natural que olvidemos sentir nuestro cuerpo como propio si nos remolca la intranquilidad de poder costear una vivienda o de no sobrepasar un presupuesto fijo en la caja del supermercado. No destinamos ni el más mínimo tiempo para entender nuestra corporalidad como un todo orgánico que, a pesar de ser nuestro, resulta desconocido en cada sacudida interna de las vísceras. Y que, semejante a una maquinaria prodigiosa, opera sigilosamente. Siempre al resguardo del silencio que se rompe en el chillido de una tripa, el estornudo estruendoso o el cauto tronar de un hueso.

Un padecimiento transgrede el modo automático del transcurrir de nuestros días: destroza planes, incomoda. Toda dolencia apunta a lo que señalaba Hume: para vivir, damos por sentada la naturaleza de las cosas con el propósito de normalizar los imperfectos y olvidarnos del azar. Por la mañana, intuimos que la alarma del despertador no habrá de explotar en nuestra cara por el simple hecho de que anteriormente no ha pasado. Pero, aun así, es imposible asegurarlo con una total certeza.

Ni los reyes ni los mandatarios más poderosos se han podido salvar de enfermedades que los postran en cama o retiran de una

guerra cruenta. El malestar más mínimo se vuelve un soplo de sabiduría y autoconsciencia. Recordatorio elegante de la muerte a gotas. Anuncio en el camino cuyas letras nos avisan que siempre estamos parados sobre la incertidumbre.

V

Detuve mi vista en la pared del consultorio. Frente a mí, resaltaba un afiche brillante. El esquema de la uña la presentaba de una naturaleza aséptica, limpia, erudita. Como dedos delatores, una decena de flechitas señalaba: lúnula, pliegue, lámina ungueal. Toda consulta es siempre una clase de terminología.

Esa uña de monografía de primaria se alejaba por completo de sus especies reales, células muertas cuya coloración revela su higiene y salud. La uña espuria del cartel sólo confirmaba que la ciencia a veces se deshumaniza para tranquilizar ansiedades. Qué diferencia abismal se extendía entre el dibujo y las uñas que ve el forense clavadas en la pared del delito, las que extirpa el médico en su versión más ingrata, o aquellas utilizadas en las esculturas barrocas. Los artistas de ese periodo llevaron la verosimilitud y el realismo a su grado máximo. Para causar el efecto de piedad esperado en los creyentes, solían incrustar uñas y cabello humano en las estatuas. Tanto tiempo ha pasado de ese entonces y aún a mí me impacta su palidez de templo antiguo, sus llagas abiertas sin encontrar alivio alguno, la sangre de las costras y ese dolor inigualable que sólo en la vitalidad se experimenta. La queratina de uñas y cabello denuncia el misterio que causan ambos a nuestra cognición. Cuando morimos, nuestras uñas parecieran seguir creciendo, como un lázaro corpóreo que se resiste a la muerte. Sin embargo, es tan sólo la piel retráctil que se encoge poco a poco la que provoca ese efecto y las hace sobresalir por la deshidratación. Ni siquiera las uñas derrocan a los últimos estertores, mas su dureza logra vencer un poco el transcurrir del tiempo.

En mis uñas, yo no veo habitualmente las partes que indica el cartel ilustrativo. Para mí son tan sólo los tacones de mis dedos. Muchos desafían a su pequeñez y las exaltan con paciencia. El hecho de que las mujeres las coloreen resulta extraño al pensar que éstas son almacenes de mugre; no obstante, los locales de *gelish* y *manicure* siguen proliferando. Cada vez encuentran maneras más absurdas de decorar las manos hasta convertirlas en incapacitadas, zarpas inútiles. Si el color rojizo que maquillaba las uñas de los habitantes del Paleolítico sorprendió a nuestros arqueólogos, qué dirá el futuro de nosotros cuando otros conozcan nuestras plastas informes nacidas del petróleo.

El hindú Shridhar Chillal dejó crecer las uñas de su mano durante sesenta y dos años —según me hizo saber un doctísimo libro de récords Guinness— y ahora la más grande de ellas mide noventa centímetros de largo. Me pregunto cómo alguien llega a una determinación como ésta de un día a otro; también me intriga qué pasará con Shridhar o con Niurka cuando sean cadáveres deshidratados. Para muchos, este escenario es imposible pues las uñas implican el esfuerzo de cultivar la paciencia y evitar morderlas. Qué fácil es convertir los dientes en alicatas en la víspera de una entrevista de trabajo, al estudiar para un examen o antes de que el doctor comience un procedimiento que, de un instante a otro, hace ver su bata blanca como uniforme del más cruel de los carniceros.

VI

El cuerpo es un crisol donde convergen placer y dolor. En este entendimiento, el hombre ha encontrado maneras diversas de usar ambos como rehenes para alcanzar sus intrincados fines. El potro, la doncella de hierro, la flauta del alborotador, el cinturón de san Erasmo. Todos ellos son nombres que remiten a un mismo ingenio diabólico que con su creatividad fabricó instrumentos para torturar a los

culpados. *Exurge domine et judica causam tuam*.¹ La Santa Inquisición también puso en funcionamiento *la turca*, un método para arrancar las uñas con pinzas lacerantes. Como si no fuera poco, en varias ocasiones los verdugos incrustaban clavos en la carne tierna que había sido privada de su cobertura de queratina.

Parece lejano el tiempo en que la multitud se reunía para ver y comentar la muerte de alguno en la hoguera. Sin embargo, nuestra civilidad y cultivo de la ultratolerancia hipócrita no ha sido capaz de absorber todo comportamiento barbárico. Qué inmenso es el abismo entre un hombre que ha pasado días enteros sintiendo cómo sus músculos son desgarrados por ganchos y la vida de todos aquellos que son veganos, comen productos orgánicos, tienen una rutina diaria de ejercicio, cepillan por la tarde a su perro golden retriever y su preocupación más urgente es comprar una nueva camisa para estrenarla en la fiesta próxima. Ambas realidades ocurren en el instante que nosotros utilizamos para dar un sorbo a nuestra taza de café. La tortura es una sombra inseparable de muchos cuerpos ignorados por la cultura *petfriendly*. Esa misma que se olvida de un hombre múltiple y único a la vez: hecho a semejanza de los de su género, pero despojado de toda humanidad para padecer en carne propia el martirio; encadenado por el vil y humillado por los poderosos.

Actualmente, las uñas de los prisioneros de guerra son también rehenes de los opresores. Ellos meten alfileres en el borde de la carne con una técnica digna de la más exquisita paciencia y meticulosidad. Uno a uno, despacio. Hasta que la uña casi se ha despegado por completo, toman las pinzas y la arrancan sin tapujos. Así lo afirman quienes han regresado, por ejemplo, de Vietnam y experimentaron el tránsito de una lentitud agonizante hasta alcanzar el súbito ardor violento. La uña es dolorosa por ser mínima. En el dominio de lo ínfimo subyace el sometimiento más eficaz. Único

¹ “Alzate, oh Dios, a defender tu causa” es el salmo inscrito en el escudo de la Inquisición española.

por alcanzar niveles no previstos, por tener un escondrijo insospechado y ser absorbido por el descuido. Todos somos tan vulnerables como cualquier varita endeble.

Beatriz de Padilla fue “relajada” en Cuenca después de que *la turca* iniciara su proceso inquisitorial, acusada por practicar el Islam en 1598.

Samuel Weinstein, en 1969, reveló la táctica de su bando sitiado en Saigón luego de pasar por el suplicio del alfiler.

Yo no sé qué culpas estoy expiando en esta silla del consultorio número tres en la calle de Marsella.

VII

La punta de los alicates se hundió en la intersección de uña y carne. Comenzó a escarbar. Apreté con fuerza la calceta de vaquitas en mi puño, estrangulando por el dolor a las reses algodonosas. He visto a personas sofocar un sollozo cuando se golpean el dedo chiquito contra una esquina. No me las imagino en mi silla olor a hospital soportando un martirio como éste sin anestesia. La técnica del podólogo fue insuficiente para evitar proferir mi primer aullido de bestia herida. Con las pinzas y mucha paciencia, buscó la uña maligna entre la comisura. Se encontró con una serie de esquirlas similares a las de un accidente automovilístico, vidrios rotos, y las comenzó a arrancar como pequeñas espinas. Mis gritos me hicieron pensar en los pobres hombres y mujeres enclaustrados en los cubículos contiguos que tan sólo esperaban un *pedicure* o recorte habitual mientras hojeaban alguna revista rosa para ociosos. Los alaridos definitivamente son la peor mercadotecnia de un consultorio.

Me quité una lágrima y miré la bandeja. El pedazo de uña encarnada había sido derrocado de su imperio tormentoso. El podólogo se quitó los guantes y tomó un aparato conectado a un enchufe cercano. Mi sobresalto hizo que le cuestionara con urgencia por la identidad de semejante tecnología. Bum, bum, bum. Bum, bum,

bum. Mi corazón comenzó a latir apresuradamente. *No se asuste* —pronunció el médico—, *solamente es para darle un masaje en las plantas para que se relaje.*

Tan pronto terminó el procedimiento, las vaquitas de mi calceta volvieron a pastar felices en la tersa llanura de mis dos pies.

El séptimo mandamiento: ensayo de un crimen

I

Antes de ser fusilado, Miguel Hidalgo no imaginó ni remotamente que se convertiría en la estatua más replicada en las plazas públicas de nuestro país. La terquedad de homenajear a los héroes haciendo de ellos momias de bronce envuelve una absurda contradicción: al ser inauguradas, las estatuas se regodean en su gallardía y soberbia; pero no pasa mucho tiempo para que el polvo se convierta en su pátina perpetua, se tornen hogar y sanitario de palomas, y la ofrenda más dulce que reciban sean los cálidos orines de los borrachos.

Dos razones explican su existencia: justificar los desfalcos al erario y sostener a los escultores, sobre todo cuando son malos en su quehacer. No toda efigie asombra por su perfección sino por ser magistral ejemplo de cómo pueden aniquilarse los rasgos de los héroes. El artesano inepto es capaz de equiparar mediante su cincel al padre de la patria con el hombre elefante. Escultor inflador de cachetes, ciego de toda proporción, demoleedor de pómulos.

Mejor ejemplo no existe que el Benito Juárez dispuesto en la plaza de Tlalnepantla de Baz. Parece no haber sido labrado por la mano hábil, sino por el machete salvaje que le rajó la cara como si de un tronco de olmo se tratase. El artista hizo del Benemérito de las Américas una bestia del más horrible cuento de ciencia ficción,

Gólem perverso. Yo sé que llegará el día de la resurrección de las estatuas y ese Juárez terrible agotará su ira en quienes se atrevan a leer las letras de su placa. Parece que de sus ojos metálicos y toscos la sed de venganza hará brotar un rayo exterminador que retiemble en sus centros la tierra.

Detrás de él, se erige la rotonda a los próceres de la patria, monumento infaltable en todo pueblo ciclistero que pedalea con fuerza para dejar de serlo. La primera vez que pasé frente a él, vislumbré a la distancia los quince torsos flotantes que dispusieron en semicírculo por los festejos de 2010. Como si no hubiera sido suficiente el escarmiento de la alhóndiga de Granaditas, del lado derecho instalaron las cabezas de los independentistas y del izquierdo, a revolucionarios y coetáneos de la Reforma. Me paré frente a los torsos y, como en el juego Adivina Quién, intenté descifrar su identidad basándome en sus prendas representativas. ¿Tu personaje tiene un pañuelo en la cabeza? Fácil, es Morelos. ¿Su prominente calva se acompaña de un estandarte? Inconfundible, se trata de Hidalgo. ¿Tu personaje tiene un bigote tan ancho como las alas de su sombrero? No hay duda, es Emiliano Zapata. Así, recorrí cada uno de los héroes hasta llegar a un absurdo sujeto que podría ser ignorado por su falta de elemento representativo. En un primer momento decidí seguir mi camino, ignorando al insulso. Pero la estatua continuaba viéndome con su gesto insípido, su identidad nulificada, su rostro de Juan Pérez.

Mi terquedad hizo detenerme a pensar quién podría ser aquel hombre soso. Di dos pasos al frente tratando de adivinarle su carita redonda y cachetona, sin bigote, sin sombrero, sin ninguna pista. Cuando leí en la inscripción el nombre de quien engalana los billetes de quinientos pesos, no pude sino preguntarme por qué el general había asistido al monumento sin los lentes que nos hacen reconocerlo con tanto gusto en la quincena. Pensé que quizá sería un capricho del artista que le dio la vida eterna, Dios es inconstante

como veleta al viento; pero al detenerme a pocos centímetros de la estatua vi que en las sienes de Zaragoza, justo por encima de la oreja, se veía la marca delatora del robo de sus anteojos.

El ladrón huyó con unos gramos de bronce bien modelado que seguramente vendió en la chatarra, pero también desapareció con la última pizca de honra de una patria ultrajada, con la dioptría exacta de un héroe que ahora se sabe miope y condenado a ver borrosas las figuras durante otro centenario.

Veo las marcas en las sienes de Zaragoza y quisiera resolver el crimen. Más que preguntarme por la identidad del ladrón, me cuestiono por qué se invierte tiempo y esfuerzo en un robo tan mínimo como absurdo, cómo se decide privar de la vista a un general de división ahora indefenso y mudo, pero, sobre todas estas interrogantes irracionales, me reclamo e interpeleo: ¿por qué no se me ocurrió a mí robarlos primero?

II

El robo se encuentra a caballo entre el vicio y la virtud. En él no solamente existe un acto puro de maldad sino también el torcido camino que han tomado la valentía y la inteligencia. Muchas veces me he preguntado por qué el ladrón no utiliza esa misma creatividad portentosa para fines no ilegales. El robo no solamente consiste en un arrebato violento de cartera y celular, o en la intimidante pistola que amenaza con su boca abierta; también existe un acto de sustracción que se presenta como juego mental, como una oportunidad de salir en traje de luces a pavonear la destreza en el ruedo.

No sorprende que algunos ladrones hayan decidido cambiar la cárcel por los escenarios y ahora sean conocidos por desaparecer objetos mediante un *abracadabra*. Si en el gran catálogo del ilusionismo existe la figura del magocarterista es por una sencilla razón:

ladrones y prestidigitadores, ambos son especialistas del timo. Quizá los lentes de Zaragoza flotan en la oscuridad junto a cartas, conejos y pañuelos. Nada asombra más al hombre que dejarse engañar por otro, por eso el ladrón nimio persigue el mismo efecto del acto de magia: disimular las huellas, desaparecer detrás del telón y dejar tras sus pasos invisibles un raudal de preguntas sin respuesta.

El gran golpe pocas veces nace del azar, pues requiere de una organización exquisita, arquitectura criminal cuya logística no permite ninguna equivocación. El ladrón se comporta como un dios, narrador omnisciente que observa a los demás y los mueve en su tablero como fichas. Es un observador preciso que aprovecha la tediosa rutina para insertarse en los puntos ciegos de la trama. Albert Spaggiari da justa razón de este perfil de ladrón ajedrecista. El francés se propuso atracar el banco de la Sociedad General en Niza. Para ello, hizo ejercicio de la mayor paciencia y meticulosidad pues durante un año reunió a veinte especialistas en distintos rubros (un conocedor de joyas, un maestro de obras) y los convenció de apoyar su plan: construir un túnel en el alcantarillado de la ciudad que llegara hasta la bóveda central del banco. Así, luego de la preparación exhaustiva, el grupo comandado por Spaggiari cavó el túnel durante tres meses. Con disciplina napoleónica los hombres hicieron su trabajo hasta que el viernes 16 de julio de 1976 llegaron a una pared de concreto que llevaba justo a la cámara principal. Spaggiari fue cauteloso y esperó a que el lugar quedara vacío. Sin la sospecha de ningún trabajador, él y sus seguidores llegaron al corazón de la fortuna y desangraron los ahorros durante tres días. Su meditado plan les permitió hacer un tranquilo pícnic con paté y vino dentro de la sucursal aprovechando el fin de semana. El lunes por la mañana, justo al amanecer y minutos antes de la llegada de los primeros empleados, Spaggiari escribió en una pared la frase que daba cuenta de su poética criminal: “Sin armas, sin violencia, sin odio”. La banda fue descubierta debido a los celos de la esposa de

uno de los miembros. Al notar la ausencia de su marido de viernes a domingo, llamó a la policía pidiendo señas de él. Así los detectives pudieron atar los cabos sueltos y dar con el paradero de Spaggiari.

Durante el juicio por el que se le acusó de robar 60 millones de francos, el hábil bandido entregó una prueba confusa al juez. Éste, contrariado, se detuvo a observarla detenidamente. Aprovechando su descuido, Spaggiari se lanzó por una ventana, cayó en el toldo de un coche estacionado y huyó en una motocicleta que fue a buscarlo premeditadamente. Fue condenado a cadena perpetua, pero jamás cumplió con la sanción. Años antes de su muerte logró ser contactado para publicar su autobiografía y dar una breve entrevista con la promesa de mantenerse en el anonimato. Al cuestionarlo sobre el destino del botín robado que jamás pudo ser rastreado por la policía, simplemente respondió: “No robé el Banco de Niza por el dinero, sino por el desafío: mi interés no era la ganancia sino lograr lo que ningún otro hubiera podido conseguir”.

III

¿Dónde está el límite que separa al robo de un simple abuso? Quienes pagan algunas noches de hotel entienden el contrato como una completa libertad para tomar jaboncitos y papel de baño con el fin de exprimir los beneficios hasta obtener la última gota de jugo. Para otros, el hecho de haber pagado un servicio los acredita a empacar toallas, sábanas y hasta la Biblia de cajón en sus respectivas maletas. El robo hormiga es el hermano pequeño del gran golpe. Pareciera que nuestro radar ético se aturdiera al contacto con los objetos pequeños. Hay un detector de valor que llevamos internamente y es quien dicta que lo mínimo de tamaño no tiene trascendencia ni cuantía. Por eso, muchos no juzgan mal el comer algunas uvas del supermercado, como tampoco ven falta en tomar un puño de clips en su empleo o en negarse a devolver una pluma prestada.

La lógica del robo hormiga dicta que las pertenencias diminutas son colectivas tan sólo por su tamaño y, por ello, carecen de importancia. Ningún ladrón de lo ínfimo se preocupará por comprar un cartón de leche para la oficina si puede servirse un vaso entero al combinar cinco chorritos provenientes de distintos empaques comprados por otros. Robar lo diminuto y pasar desapercibido no pareciera provocar vergüenza alguna. Resulta evidente cuando, en las casas, cada cenicero tiene inscrito el nombre de un restaurante diferente y las cenizas ardientes caen legitimando su uso.

La frontera entre el robo y el obsequio fidedigno es más laxa de lo que parece. Evidentemente, tomar una muestra de comida en el supermercado no comporta ningún abuso, pero pasar diez veces por el mismo pasillo hasta hacer de las pruebas el desayuno dominical es un acto tan sospechoso como satisfactorio. Nos regocijamos quizá por la conciencia de que las cadenas de tiendas departamentales no son sino engendros que mastican nuestro salario y lo tragan sin saliva. Fariseos rudos que no se conforman con la ganancia desorbitante y bautizan al robo con el nombre de un redondeo donde los centavos se multiplican como panes y peces.

No culpo al ladrón de los lentes de Zaragoza. El límite entre lo público y lo privado es borroso. Cuando un algo se sabe de todos, muchos pueden incurrir en el error de creerlo propio. La idea de la comunidad es difícil de asentar en nuestra dinámica que se basa en la posesión, en apropiarse de la mayor cantidad de bienes posibles y ser eterna competencia del otro. ¿Para qué compartir —piensan algunos— si siempre existe un *ganón* último?

IV

En sus orígenes la palabra “cleptómana” no tenía versión masculina. Los psicólogos de la Francia del siglo XIX la acuñaron para explicar un fenómeno que les pareció excepcional. Con la llegada de los

grandes almacenes que dejaban atrás las tiendas especializadas y conjuntaban un sinfín de objetos en un mismo lugar, la manera de comprar cambió radicalmente: por primera vez el cliente tenía contacto directo con la mercancía. A su disposición estaba la suavidad de una tela o el brillo de las joyas. Muchas mujeres fueron detenidas por intentos de robo o por hurtos logrados. Los psicólogos determinaron como causa principal esa debilidad característica de la mujer que, como Eva, se deja vencer por la tentación del fruto prohibido. Apuntan también en sus estudios que hormonalmente son más proclives al robo aquellas féminas embarazadas, menopáusicas o que se encuentran en su ciclo menstrual.

A ningún psicólogo se le ocurrió pensar en que acaso el cambio de la relación entre cliente y mercancía había generado esa ola delictiva. El tacto es auriga del deseo. Si decidimos quedarnos con un bolígrafo que no era nuestro usualmente es por el contacto: la relación íntima entre los dedos y el plástico cilindro, por el gozo de una tinta que fluye. Una pequeña sensación puede ser móvil del crimen.

En la actualidad, cleptómanos y cleptómanas son tratados por igual. Su compulsión por el robo no deja de resultar intrigante. ¿Qué lleva a los artistas pop a apropiarse de lo ajeno si es evidente que no tienen necesidad de hacerlo? Consabido es que Britney Spears ha sido captada en varias ocasiones robando chicles y dulces en gasolineras. Tampoco es un misterio que Katy Perry tenga una colección de almohadones sustraídos de los hoteles donde se hospeda. No obstante, Winona Ryder —Atenea del robo— podría dar una cátedra de cómo elegir los objetos más absurdos e innecesarios. El robo es más que la apropiación, es el triunfo del ego que busca llevar la delantera.

V

Si yo hubiera robado los lentes de Ignacio Zaragoza pensaría dos veces el lugar que ocuparían en mi casa. Bien podrían situarse en la

sala, justo por encima del televisor, como cabeza de ciervo o diploma de licenciatura. Definitivamente serían el certificado que avalara mi graduación en la carrera de lo absurdo. Los colgaría con orgullo. Sin embargo, algo me dice que tenerlos en mano me llevaría a guardarlos en el fondo del cajón de mi mesita de noche. Saberlos íntimos y protegidos, lejos de las miradas ajenas.

Seguramente los anteojos de Zaragoza ya no son más que metal fundido, vendido y usado nuevamente. Me pregunto por el paradero de esos objetos que se hurtan y no son parte de un gran botín ni del robo hormiga, sino de una sustracción irracional cuyo valor no está dado por el saqueo mismo sino por la demostración de la valentía. En 2009, el espectáculo Caminando con dinosaurios llegó a México y, tras una función en Guadalajara, los empleados descubrieron que una de las crías mecánicas había sido robada. Algo semejante pasó con la exposición CowParade donde varios artistas plásticos intervinieron estatuas de vacas en fibra de vidrio de las mismas dimensiones del animal real. Una treintena se expuso sobre Paseo de la Reforma y tres bovinos fueron hurtados a lo largo de los días. Los policías capturaron a uno de los ladrones porque, al pasar por la zona de Santa Fe, vieron sobresalir de la ventana de un séptimo piso a una res colorida e inmóvil.

El valor no es intrínseco a los objetos. Una acción puede aquilatarse por el ingenio, soberbia u osadía. Ése es el verdadero precio que el raptor ve en la antorcha olímpica que intenta robar en pleno recorrido,¹ o en la llama del circo que es sustraída porque en la borrachera parecía gracioso.² Quienes se ufanan de robar ejemplares de las librerías no perciben que su acto es una doble apropiación: la replicación de las obsesiones de los infrarrealistas, es decir, un

¹ “Intentan robar antorcha olímpica en pleno recorrido” en *Excelsior*, 25 de julio de 2016. Disponible en: <<https://bit.ly/2swW8fo>>.

² “Cinco estudiantes detenidos por robar una llama e irse de fiesta con ella” en *Sur*, 6 de noviembre de 2013. Disponible en: <<https://bit.ly/2kSoxYK>>.

robo de ideas, intelectual. El hurto es tan cotidiano como el aburrimiento y la cultura no es más que una serie de rapiñas recicladas. ¿En verdad puede saberse quién es el propietario de una idea? Las palabras, como las estatuas, le pertenecen a todos y a nadie a la vez. La literatura es un robo constante, un parásito que se escuda en las comillas. *Es cauteloso engaño del sentido*. El escritor intenta hacer lo mismo que quien robó los lentes de Zaragoza, apropiarse de lo ajeno aunque después se funda en una aleación tan distinta que él jamás podrá reconocer.

Imprecación contra los baños públicos

Afrenta al pudor

En muchos individuos es común la pesadilla repetitiva que nos ha implantado en gran parte la televisión: aquella en donde uno se convierte en transeúnte de los lugares cotidianos —la escuela, la casa, el trabajo o la oficina— sin portar rastro alguno de ropa. El impertinente traje de Adán carente de explicaciones lógicas, como suele ocurrir en los sueños, resulta perturbador. Una transgresión completa al orden común preestablecido. Sin embargo, hay otros momentos más terribles que bien podrían ser peores pesadillas; por ejemplo: declarar impuestos a Hacienda por honorarios sin ayuda de un contador o, mucho más habitual y por ello temible, el ser interrumpido por una mano diabólica que da vuelta a la cerradura de la puerta del baño hasta abrirla mientras uno está sentado descomiendo. La vergüenza y el terror se coronarían con un sutil voltear de la cabeza al lado izquierdo para constatar que no hay papel. Vago no sería el sobresalto al despertarnos sudorosos envueltos por las cobijas de la cama luego de un sueño como éste.

El pudor que ventila nuestras perturbaciones es un dios reglamentario en nuestra vida. Regulador indómito de miedos, censor de conciencias. Una muestra de su importancia es el nerviosismo con el que una mujer abotona la imprudencia de su blusa reveladora en el microbús. También lo ejemplifica el hombre

que trata de subir su bragueta detrás de su portafolio para intentar pasar inadvertido en el movimiento. La búsqueda del espacio privado es infructuosa. La actualidad nos uniforma mediante las modas y las tendencias del verano, el individuo se pierde entre sus aparadores llenos de cachemira, tacones puntiagudos, playeras con el tatuaje de una marca imborrable. Las redes sociales solicitan la información de nuestras preferencias sexuales, antiguas escuelas, número de teléfono móvil, casi una muestra de orina y una resonancia magnética para difundirlas a los otros y perfilarnos con tal de vender su publicidad. Parece no existir espacio alguno para la convivencia solitaria.

A pesar de que hemos hecho del cuerpo un estandarte político o una piltrafa que pasa de mano a mano y boca a boca, todavía guardamos cierto respeto al recato. Por ello es que los baños públicos resultan quizá el invento más contradictorio de la actualidad. Se alejan por completo de su hermano pequeño, el baño de casa, esa tierra donde conviven en armonía moho, hilo dental, rastillos, cabellos, toallas femeninas y objetos personales. Este paraje no se compara al baño público, monstruo bifronte que apelmaza en su aberrante naturaleza a dos contrarios: el cuarto más privado de todos y la desbordante masificación que aboga por una política del uso compartido.

Los baños públicos que albergan duchas por montones, herederos de la terma romana o el *hamam* árabe, no son ya tan habituales. Son otros los que inundan las ciudades, aquellos que pretenden satisfacer la urgencia provocada por una de nuestras necesidades básicas, la que cierra el ciclo y trayectoria de lo que se ingiere mediante la boca para desembocar en las partes menos decorosas del cuerpo. No obstante, no sólo el apremio de miles de esfínteres maltrechos e intestinos repletos los justifican; velado se encuentra el recato con que el hombre trata de ocultar todo comportamiento salvaje. Ese mismo impulso es el que instala mamparas disimuladoras

o que superpone un *bip* en el vocabulario doctísimo de las estrellas de la televisión. La rectitud domina, no vayan a espantarse los presentes. La confianza nace al aceptar la animalidad ajena. Una confesión escatológica puede edificar los cimientos de una fuerte y valiosa amistad: así de fundamental es la franqueza. Los desechos humanos, en su diversa gama de posibilidades, producen asco en todo aquel que los observa salir de otro. La tendencia habitual es externar una expresión radical de consternación como si no fueran también nuestros mismos labios contraídos y la nariz arrugada órganos productores de las mismas o peores excrecencias.

El pudor, como el baño público, es hipócrita. Su doble cara hace que un carraspeo del otro pueda hacernos sentir incómodos, logra que un *kleenex* nos produzca una arqueada del asco si escurre lo secretado en un pegajoso hilo transparente. Pero se torna sordo ante los sonidos lúbricos y repetitivos que pueden provenir de una habitación contigua donde dos cuerpos se friccionan. Se hace de la vista gorda cuando nuestra mirada se encuentra con el borde entre piel y ropa, allí donde la tela se abre. Las excrecencias y el sexo son de una misma naturaleza. Animalidades gemelas que han seguido caminos distintos en nuestra edificación de la cultura. A una la censura la mirada que no quiere encontrarse con ella, muro divisorio, tapabocas, papel de baño doblado en el cesto de la basura; a la otra la encontramos ilustrando injustificadamente comerciales de automóviles con cuerpos empapados en agua jabonosa, vendiendo en bikini hamburguesas de doble tocino, esclavizando miradas en una pantalla plana que se desborda de carne joven tan bella como anodina.

Masificación desbordante

Esta poca franqueza que se teje con la mojigatería colectiva rige el diseño del baño público, plano arquitectónico donde las paredes divisorias de cubículos no son capaces de aislar el ruido de las heces

al golpear la taza o la sinfonía de múltiples ventosidades estridentes del estómago enfermo. Todos hemos tenido que soportar con resignación la poca privacidad que nos ha sido negada por la fatal coincidencia de nuestra vejiga con otra igual de ansiosa. No somos únicos ni en los ritmos de nuestras entrañas. En perfecta sincronía hacemos fila y movemos el pie con rapidez como último intento mágico de continencia. Casi podría asegurar, sin la necesidad de revisar nuevos estudios de la Universidad de Cracovia, que de nada le ha servido este tic nervioso a quien está destinado a orinarse en sus pantalones. Pero ¿qué entiende el hombre de racionalidad si golpea la impresora cuando ésta no funciona?, ¿si sigue comprando la lotería o el Melate?, ¿si conserva ingenuamente la fe en que el baño público del centro histórico esté limpio y con agua?

Como muestra irrefutable de lo nocivo que son los baños públicos en nuestras vidas, ya de por sí estropeadas, podríamos solicitar a quien corresponda la incorporación de contadores numéricos que indicaran con la exactitud de un reloj suizo cuántas personas han usado el inodoro antes que nosotros. A veces el empleo del término “inodoro” resulta una falta descortés, casi una grosería, que no hace justicia a la impresionante gama de olores que recolectamos de cada W. C. visitado.

La concurrencia popular en estos espacios siempre ha sido similar. En realidad, el baño público se condenó a ser un fracaso desde su inicio. Arma certera de aniquilación del alma humana. Las letrinas romanas frecuentadas por las clases bajas, según dicen los arqueólogos, eran espacios con capacidad para quince o cincuenta personas divididas entre sí por menos de una brazada de separación. Hermosa imagen sin muros ni vallas. Seguramente, al estar al lado del vecino, no solamente seríamos capaces de reconocer su calzado por debajo de una puertecilla industrial como se hace ahora, sino que también veríamos los gestos de su rostro en un intento por disimular los nuestros. La desigualdad social hace de la vergüenza

no una cualidad inherente al humano sólo por el hecho de ser un homínido pensante. Y no sólo ocurrió aisladamente en la antigua Roma sino que se sigue reproduciendo en la miseria del vagabundo que defeca ante cientos de ojos apresurados frente al metro Taxqueña. El pudor es un lujo que a los pobres les está impedido.

No todos los baños son iguales. Hasta en los perros hay razas. Por un lado, están los baños que se ofrecen como parte de otro servicio: de escuelas, de autobús, de centros comerciales, destinados a una concurrencia prevista. Por otra, están los de la usura. Ésos buscan aprovechar la urgencia del otro para obtener un beneficio propio. Móxicos cinco pesos que incluyen una medida contabilizada de papel, tan útil y generosa como donar cincuenta centavos a la colecta nacional de la Cruz Roja. Operan de la misma manera en que los taxis afuera de los hospitales exageran sus tarifas o igual a los marchantes de flores ubicados en el linde de los cementerios. Es ése el mismo demonio que inspira a las personas a vender bolsas de plástico como impermeables ante una lluvia inminente. Pocas gotas chispean, son de a tres pesos. Algunos truenos, suben a cinco. Una tormenta puede elevarlos hasta al doble o triple. El ser humano es el único animal que lucra con la necesidad de su semejante.

El baño de Sanborns es oasis en el desierto. Tan socorrido por muchos en las caminatas que se ven interrumpidas por el grito de socorro del colon. La disputa entre el peor baño bien podría gestarse entre dos terribles y desagradables especies: el baño portátil y el de autobús.

El dibujo de focos led indica a todos si el inodoro está disponible o no. Pararse del asiento es un reto contra el movimiento de la máquina. Resulta muy difícil no caer en el intento de cruzar por el pasillo sobre la acogedora carne fofa de una señora que se ahoga en sus ronquidos tronadores. Ésa que fue la primera en inclinarse hacia atrás el asiento y en golpear con las rodillas al pasajero de adelante en un intento por elevar el descansa-pies. Ésa misma

que le llamó a su hijo por teléfono pensando ingenuamente que era necesario gritarle a diez mil decibeles por encontrarse a larga distancia. Si el descuidado pavimento de la carretera hiciera caer a alguien sobre ella justo ahora que descansa cómodamente ya con su antifaz para el sueño puesto sobre los ojos, bien lo tendría merecido. Uno no puede caminar por el angosto pasillo, tambalearse es el único movimiento posible. Con la gracia de un animal recién nacido, logramos llegar a la parte más alejada del conductor, luego de las que aparentan ser interminables filas de asientos, más allá de ventanas y portaequipajes, al lado del servicio de café y agua de desconfianza. Al llegar nos espera un cubículo minúsculo con una taza de metal que parece más bien un tazón para comida de perro. Y eso si lo pensamos haciéndole un favor, porque quizá es más fácil verle cara de instrumento de tortura o de aparato digno del departamento de salchichonería. Acomodarse en la minúscula circunferencia es una hazaña. Como personaje de videojuego, se tiene que aprender a lidiar obstáculos, en este caso, para orinar —sólo en las urgencias se va a semejante baño para hacer otra cosa— mientras una mano se sostiene de una manija. La velocidad y la sinuosa carretera hacen saltar el agua contenida en la bandeja-mingitorio. Las mujeres sufren el baño de autobús a fuerza de salpicaduras incómodas de esa agua ignota en la entrepierna. Ya terminada la acrobacia, se le baja con un botón, el agua sale al lavabo con otro botón, el jabón también. Ese baño es un botón inmenso.

El baño portátil es tan conocido por terrible que ni siquiera requiere de mínimas presentaciones. Con el recuerdo basta.

Dudas antropológicas

Al construir un baño edificamos también una noción de nosotros mismos: mostramos nuestras diferencias, notamos nuestras preocupaciones, hacemos táctiles nuestros prejuicios mal o bien

construidos. El baño doma la naturaleza humana. Para eso fue inventado. Por eso, si en algún punto nos preguntamos qué es el hombre, cada baño se ofrecerá como una suerte de respuesta tentativa. Su condición ejemplifica convenciones arraigadas.

Dibujos hechos con la maestría de un niño de kínder dividen a hombres y mujeres en los baños públicos. Mediante un color rosa, una falda, una flor, se exalta y separa lo femenino desde que en 1887 la ley de Massachusetts lo exigió por la salida de las mujeres de casa y su incorporación a la industria. Por ello, en la actualidad esa avalancha del replanteamiento del sexo atiborra discusiones que han unido a la comunidad LGTBTTTI —y cuantas siglas más puedan sumársele— para exigir derechos y combatir discriminaciones. Muchos individuos siguen apelando por una reforma en el baño público que los aísla y segrega con un simple letrerito que de ninguna manera da cabida a los transgénero.

Para las mujeres, orinar en un escusado público es un arte que se aprende desde casa en un mismo grado de importancia que la cocina, el tejer o el sollozar. Mamá enseña a su hija la manera correcta de vencer el peligro a la insalubridad escondida tras las puertas plásticas con marco de metal aplicando esmeradamente una capa de papel higiénico sobre la taza. Así como hasta en las escuelas se les dice a las pequeñas que limpien sus genitales de adelante para atrás para evitar desastrosas infecciones. Consabido es que la mujer migra en manadas numerosas al baño. Si bien es cierto que en su convivencia las chicas hacen de él un confesionario capaz de guardar susurros ponzoñosos y habladurías, también es verdad que la función primordial de una amiga es la de ser perchero. Las bolsas y chamarras no pueden reposar en un piso lleno de suciedad y manchas ignotas. Sólo en los brazos de otra mujer, la vida de la bolsa no puede correr peligro. Cuánta luz da a la vida de una dama un baño con perchero. Sólo los baños serviciales se enriquecen con su presencia en la pared. En los baños lucrativos el perchero es una fantasía imposible.

Los baños públicos de hombres han creado un artilugio: el mingitorio, que borra toda frontera entre individuos. La periferia no dividida en aquellos uriniales comunales que no tienen separación hace del acto del exhibicionismo un hecho común y cotidiano. Por qué sorprendernos de comportamientos como el acoso callejero cuando las formas de convivencia que nos hemos planteado son germen de ello y mucho más. Lo masculino y lo privado parecen términos excluyentes entre sí a partir de lo que ilustra la dinámica social rectora.

A las niñas se les enseña el movimiento adecuado, a los hombres la dirección. Esa puntería necesaria para evitar lo que en los baños públicos pareciera algo imposible de omitir: los charcos de orines que circundan mingitorios. Las leyes se modifican, la ciudad se emperifolla en reformas; pero los baños siguen siendo anquilosados espacios con una larga tradición que el tabú de nuestras correcciones torna invisible.

Otras tuberías

Dicen que la concepción sacra de los hindúes los ha acostumbrado a saludar y comer con la mano derecha, mientras que la izquierda sirve para limpiar las excrecencias o proferir faltas de respeto. El baño público está lejos de lo sagrado. En ese afán del hombre por ocultar los pudorosos fluidos corporales que no son espejo de la civilidad y de la contención humana, se crean espacios que dan cabida a todo el mundo y se muestran amables al ocultar este encuentro permitido. Por ello, los baños son un lugar profano habitable para el intercambio repentino de secretos, drogas, pañales y frotamientos. *Locus amoenus* del *cruising*, idilio del *gloryhole* popularizado por un vampiro vecino de la colonia Roma. El baño público no es tan sólo una letrina, es una cordial invitación.

Más allá de las múltiples especies de baño, hay uno peculiar capaz de congrega todos los males y aumentarles aún peores

agravios. Ése es el baño de improviso que se crea por la imaginación y la desgracia, baño mal habido. La necesidad es imperiosa y por muy refinados que creamos nuestros modales, nuestra domesticación está lejos de ser perfecta. Los conciertos masivos son ejemplo de ello. Resulta imposible atravesar un millar de cuerpos sudorosos y empolvados para llegar al baño portátil de nuestras profundas pesadillas. Por ende, los vasos que en su buena vida llegaron a contener cerveza se vuelven ante los ojos cínicos un perfecto mingitorio cuyo final es estallar en el cielo en una suerte de lluvia de oro comunal y no consentida legalmente. Los boletos deberían de advertirlo aunque sea en letras chiquitas. Ya el manual de Carreño atrofiado de las personas ni siquiera las insta a gritar “aguas” como se hizo siglos atrás. A muchos les escandaliza conocer el dato colonial. ¡Qué cochinado!, dicen. Vivían peor que en la Edad Media, fallan. Pero su mirada progresista ciega sus ojos con el líquido ámbar de los orines anónimos. “El que nace pa urinal, del cielo le caen los vasos”.

Por eso es que el peor baño público es el que se inventa uno mismo. Y no contamos en ellos a las deleznable muestras de locura humana que hacen defecar a los maniáticos en los botes de basura. A veces, el baño público idóneo para un niño con vejiga del tamaño de una nuez es un dócil arbolito. Un símil es el perfeccionado por conductores y choferes cuya imaginación los ha hecho ver poesía de mingitorio en las curvas plásticas de una botella sencilla.

La imaginación del baño improvisado atiende a la ilegalidad de defecar en la calle. No es posible abogar por un mundo donde seamos parecidos a los perros, evacuando sin límite alguno con la diferencia de tomar responsabilidad de nuestro propio estiércol. Podríamos dar rienda suelta al clamor de nuestras vísceras en naturales cuclillas sin el temor de ser captados por el *smartphone* acusatorio ni la viralización nefasta que recae en la autoridad del juez electrónico global. Ése que dictamina en comentarios insulsos la moral rectora y la estupidez colectiva.

Qué trabajo cuesta movernos por el mundo a sabiendas de que es una letrina gigante. Justo encima de las tuberías más pudorosas que higiénicas. Porque los olores fétidos de las calles no son entera culpa de nuestros ineptos gobernantes, sino consecuencia previsible del espeso caldo al que nuestra digestión colabora.

La apropiación del baño público sólo se logra por momentos efímeros. El escaso episodio en que el baño deja de ser ese lugar habitado por las multitudes y logra asirse de nuestros adjetivos y reticencias personales, es el momento exacto en que, borrachos y tambaleantes, nos acercamos al espejo del bar. En el rectángulo manchado y rayado por la memoria de otros labios y escupitajos caducos podemos reflejarnos brevemente. Son, si acaso, únicamente tres segundos en los cuales quedan expuestas nuestras ojeras de trabajo de ocho horas diarias. La melancolía que guardan las pupilas por no estar en casa tanto como quisiéramos. Una autoconsciencia epifánica que nos muestra lo solos que estamos a pesar de escuchar las risas de fuera que se parapetan en la música estruendosa y que forman una masa irregular de sonidos al unirse con los chasquidos de las botellas de cerveza. Nos miramos como Narciso en el espejo, cómplice que no exige sonreír como requisito ni decir los chistes de siempre en las mismas conversaciones aburridas. Un baño confidente con una vida de tan sólo tres segundos que es aniquilada por ese alguien de fuera que ha abierto la puerta de la entrada.

Circunferencia de las canicas

La madera no hace daño ni se descompone [...] si muere, lo hace disminuyendo, no hinchándose, como esos juguetes mecánicos que desaparecen bajo la hernia de un resorte descompuesto.

ROLAND BARTHES

Primer tiro

Las canicas son tan pequeñas que parecieran haber nacido para perderse bajo los muebles o escapar por las rendijas. Su forma mínima y concreta las diferencia de todos los juguetes. Entretener el ocio con tan sólo una gota de vidrio que no hace más que seguir las leyes de la mecánica clásica puede pensarse absurdo. Sobre todo teniendo en cuenta que existen los baleros retadores o la complejidad de un Xbox. A la canica ni siquiera se le pueden ver sus lados, mucho menos pedirle que guarde en su nula memoria las partidas jugadas como sí lo permite una consola de video. No obstante, al tocarlas, el movimiento que vence a la inercia hace que las canicas cobren vida. Es un soplo dinámico que las llena de albedrío artificial, de un pendular sobre el piso que es ajeno a nuestras manos y que las libera para forjar una trayectoria que nuestro cerebro jamás les prefiguró. Uno estimula su marcha, pero ésta se vuelve ajena e impredecible tan pronto abandonan la palma. La astucia de la canica hace que se presenten como ingenuas, sin embargo, poseen una autonomía insólita.

Jugando a las damas chinas es fácil descubrir esta independencia. Como ovejas en su redil, las canicas son alineadas en el tablero. Basta una pequeña torpeza de la mano para que alguna se rebele a

la perfección de la estrella de David que las contiene. En las puntas judías de colores ya está prevista toda jugada en potencia: enclaustran una serie de agujeritos que se unen por líneas antecesoras a las posibles tiradas del juego. En ellas está sentenciado todo destino y su cauce. No obstante, cada partida es distinta y las canicas más críticas y contestatarias se abandonan a la incertidumbre, inician una marcha insospechada fuera de su contenedor.

A los dedos a veces les resulta imposible cerrar el paso de una canica traviesa que se siente arquitecta de su propio sino. Su naturaleza indómita le permite rodar por la superficie de la mesa, rebotar en el piso provocándole un chillido doloroso y sordo, y continuar su andar de rueda primigenia hasta alojarse debajo de los muebles. Las canicas no son tontas y por eso se esconden en donde más difícil es hallarlas. Buscan la libertad ocultándose bajo un librero pesadísimo que tiene encomendado el custodio de los descomunales ejemplares de arte. Se encaraman en espacios atiborrados de moho o de cohambre. Persiguen la lejanía y el olvido.

Esa canica grosera que abandonó su orden marcial ya no es igual a las otras. Su acto de rebeldía le dio personalidad y distinción. Será mínima en su tamaño, pero cómo hace sufrir a quien abrumba con su andar peligroso. Ver a la bolita recorriendo ese camino que inicia en el tablero y termina en la esquina del piso lleno de pelusas se convierte en un manotear absurdo cuya intención es atrapar lo inasible. Uno siente que se le va la vida en el escape de esos ínfimos gramos de redondez. El palpitar del corazón no es indiferente a su imprudencia.

Las manos se ven obligadas a meterse por pasadizos de la casa que siempre quisieron evitar. Tentar en los rincones sospechosos que quizá protegen a la canica, oveja negra que se ha fugado del rebaño, sólo deja polvo y cabello en las manos que ahora sirven de escoba: es una suerte de reclamo por la higiene, grito de indignación. Pero habría que dejar de lado la molestia de arrodillarse en el piso al hurgar en

la suciedad; los seres humanos somos como las canicas y la vida es ese tablero donde nos movemos ingenuamente siempre tratando de escapar a sus normas.

Segundo tiro

Cuando se toma una canica, se toma lo que antes fue ventana, botella de cerveza, parabrisas automovilístico, fea cristalería que no pudo venderse ni como saldo en una tienda de objetos para el hogar. La historia personal de cada bolita inicia en el reciclaje. Antes de adoptar esa forma perfecta de la esfera, las canicas no son más que desechos, toneladas de objetos variopintos que sólo comparten el ser víctimas del desprecio que se volcará en un renacimiento común dentro de la fábrica.

El juguete de antes no se limitaba a copiar el mundo como sí sucede con los actuales: éstos que interesan por tener numerosas piezas y por generar una mimesis exacta; no gustan por sus posibilidades de entretener. De allí se sigue que los niños queden cautivados por los comerciales que publicitan muñecas y carros a control remoto, pero cuando el objeto llega a sus hogares —¡oh, triste engaño del artificio!— nada es tan divertido como parecía en televisión. El juguete actual persigue la poética del *se vende por separado*. En décadas anteriores, lo que era desecho servía para jugar: el tacón de los zapatos, la lámina del tinaco, los rines de bicicletas. Para divertirse, el niño hacía uso de una creatividad que encontraba oro puro en la basura sin la necesidad de ir a ¡Recórcholis! o a los juegos de MacDonal'd's que cuestan tres hamburguesas en combo. Ese ingenio de la improvisación es un aprendizaje natural de quien ve un balón en la botella de Frutsi o de los que pueden imaginarse la selva amazónica en el cuarto más oscuro de la casa. Sin embargo, ahora los juguetes están hechos para ser inservibles sin luz eléctrica, máquinas bobas que no gozan de la autonomía y simpleza de la canica.

En la fábrica, los objetos triturados comulgan entre sí y dejan atrás su memoria, se prestan al olvido de su vida anterior pues saben de antemano que habrá de ocurrir una transmutación renovadora. Confían en el fuego como también lo hacen los hindúes y tantas otras culturas que saben de su poder purificadorio. El horno está listo y sus 1200 grados centígrados hacen de las toneladas de vidrios rotos una misma sustancia, líquido feroz listo para nacer en una forma nueva. Incluso las canicas que no cumplieron con los estándares de belleza que les exigían adelgazar o engordar, o que las desecharon por tener arrugas y grietas, buscan una segunda oportunidad al abandonarse en los brazos de Vulcano.

Actualmente, la cada vez más exigua industria de canicas ya ha desarrollado tecnologías superiores en su eficiencia para producir un mayor número en menor tiempo. En Tacubaya, la primera fábrica del país tomaba la mezcla ardiente de vidrio derretido para dejarla caer gota por gota en una superficie sometida a constante vibración. En nuestro tiempo, ese lagrimeo es poco práctico y, por eso, el rodar del líquido se controla con bandejas en las que las canicas se enfrían con exactitud, cautela y rapidez.

Quizá en la vida cotidiana resulte fácil sustituir una canica por los huesos de un durazno o por algún frijolito, pero ninguno tiene el redondel de la esfera absoluta, los colores brillantes que se funden como pinceladas, su contraste de dureza y lisura, su elogio a la tierra y al fuego que las convierte en movimiento congelado.

Tercer tiro

Para jugar a las canicas no se necesitan más que dos principios básicos: golpear un objetivo o llegar a un agujero. Es el mismo precepto del boliche o de la meta que se persigue al lanzar dardos. Conocimiento fundamental del cazador o deportista, humana percepción.

Mi padre me insta para acompañarlo a jugar con las canicas que le trajeron un seis de enero los Reyes Magos, mientras acomoda sus soldados que serán el objetivo a derribar. Y me cuenta también lo que era jugar “pocito” en la tierra que ahora no es más que pavimento estéril. Ausculto a los mercenarios de plástico y me sorprendo de que hayan perdurado sin abolladuras, no como mis juguetes que se rompían de sólo verlos. Mi padre los toma como su tesoro y los coloca en un orden propio para empezar la partida.

Tomo una canica y la veo fascinada. *¿Con que te gustan los tréboles?*, pregunta mientras deposita sus casi sesenta años en el campo de batalla. *Esos valían dos tiros, no como las agüitas que daban sólo para medio.* Luego de ese comentario, mis ojos le otorgan un valor a las canicas y reconocen sus colores: ojo de gato, japonesa, bombocha, alemana. Me imagino ante la gran colección de joyas del vidrio esférico que tiene un recinto como el Museo de Canicas de Francia, aunque tan sólo estoy en la casa de papá.

Lo veo tirar las canicas como balazos, sus dedos son cañones de los cuales salen disparadas con maestría. Es mi turno. Miro desencantada mis tiros flacos y lánguidos, y él descubre mi decepción. *Es que no tiras de huesito como yo, pero está bien: de uñita es para las niñas.*

El juego de las canicas crea en los niños un espíritu de topógrafo, los incita a la búsqueda del espacio perfecto para jugar, es un encomio al contacto con piso y polvo. Su valor pedagógico es habituarse a las leyes de la física, al cálculo matemático estimulado por la habilidad motriz y agudeza visual. Se juega en lo concreto, no en la virtualidad de la sala. El sedentarismo que proviene de la decadencia e inseguridad de la ciudad hace que proliferen las zonas industriales dejando atrás las áreas de juego donde los niños socializaban. Ya ni en el patio de recreo de las primarias coexisten palomas, dulces y rondas infantiles. La modernidad ha dado paso a la tecnología absorbente y a una adolescencia eterna tanto en chicos como en adultos.

Voy perdiendo desastrosamente; los tiros de mi padre masacran a mi batallón. Le hago plática y le cuento que César Augusto se bajaba de su litera para jugar con los niños en el piso. Sus canicas tenían grabadas sus iniciales —cual Andy romano que inscribe su hipocorístico en la bota del vaquero Woody— con el fin de diferenciarlas. Imagino que sus canicas regias no eran apostadas como ocurre con las canicas en el campo de juego de las escuelas y cuyo trueque ha sido cambiado por tazos de plástico de la caricatura de moda.

Pues espero que el emperador sí supiera lanzar las canicas; no como tú —dice papá cerrando el ojo para afinar la puntería de su último tiro— porque con esta última bombocha te acabo de ganar.

Cuarto tiro

La primera canica despierta. Una mano la está lanzando por el plano inclinado de madera con la esperanza de incrustarla en uno de los agujeros numerados. Cada canica es una oportunidad de sumar los puntos necesarios que podrían traducirse en obtener ese peluche tan deseado, una elegantísima y gigante alcancía mal pintada o un desolado pollito rosa insalubre. Las canicas se mueven como dinero contante y sonante. En la pista son equivalentes a monedas. Ni siquiera el tumulto de la feria despertó a la esferita de vidrio, sólo el movimiento le arrebató su letargo. Durmió sin soñar, como duermen todas las canicas. Siempre a la espera de dejarse llevar por esa primera ley de Newton que es la ley de las esferas. *Todo cuerpo persevera en su estado de reposo o movimiento uniforme y rectilíneo a no ser que sea obligado a cambiar su estado por fuerzas impresas sobre él*, rezan las canicas a coro antes de dormir siempre confiando en su religión que, como todas, las hace comprender su existencia. En la feria, las canicas son juguetes prostituidos. No se encariñan ni conocen a profundidad a quien las toca, pasan de mano en mano usadas solamente por diversión, pero sobre todo por esa avidez de

conseguir y de ganar. Una excitación que no se conforma con poco, no con burbujas de diez puntos ni lapiceros de cinco. Los bolsillos de los encargados del puesto se llenan a fuerza de la necesidad y perseverancia vaga. Y aun así, nada respalda la esclavitud, falacia convenida, a la que han condenado a las canicas.

La segunda canica despierta. Desconoce por qué se encuentra inmersa en una oscuridad rotunda. Antes de abandonarse a los tentadores brazos de Morfeo, se imaginó despertando dentro de una malla negra —similar a ésas que envuelven a los pavos y les dejan la marca de su constricción cuadrículada— junto a muchas otras de su especie: unas más bellas, otras más anodinas. Su imaginación la visualizaba en las manos de un niño en el recreo o acaso en su bolsillo a punto de romperse. Sin embargo, esta canica está presa y cegada por las tinieblas de una lata de aerosol. Le encomendaron una labor y fue condenada a ser un Sísifo redondo que subirá y bajará para que la pintura no se asiente. Todo trabajo es siempre una aceptación de la rutina y negación de la individualidad. Quien trabaja se reconoce como una pieza dentro de una maquinaria que lo supera. Obligación irrevocable cuya ruina es génesis del vagabundo. No queda más que anudar la corbata, servir una taza de café, dirigirse a la oficina y ver pasar las horas en el reloj más lento del mundo que es capaz de masticar el tiempo de nuestra vida como un chicle que ya no sabe a nada. Se regresa a casa con la satisfacción de recuperar lo perdido, reconocer el rostro de la familia, la confortabilidad de las pantuflas blandas y los hábitos más íntimos que sólo comprende el sillón. Todo ello hasta la llegada del siguiente amanecer incoloro cuando la gente se levante porque sus alarmas obligan a punta de pistola a levantarse, porque es tiempo, otra vez, de anudar la tristeza de la corbata como un grillete invencible.

La tercera canica despierta. Se sabe incapaz de moverse cual mosquito atrapado en una telaraña. Espera cualquier impulso que le permita adoptar otro camino, pero frente a ella sólo hay una mujer

que mira absorta la pantalla de un ordenador. En Youtube¹ aparecen las instrucciones para hacer un florero y la canica se sabe ahora sometida. Le prometieron renacer de aquella otra vida en la que fue vaso, candelabro y ornamento cristalino para alcanzar la perfección redonda. Pero ahora su autonomía se convirtió en materia prima. Florero era y en florero hubo de volver. Y le pregunta a Dios por qué no bastó su redondez sencilla, aunque ella misma sabe que su simpleza no es suficiente en este mundo complejo de *cupcakes* con crema batida, motores de mil caballos de fuerza, y *leggings* ajustados de *animal print*.

Pero el creador no logra escucharla, pues Dios también se entretiene jugando a las canicas con el sistema solar.

Último tiro

El 7 de febrero de 2002, se descubrió una cantidad enorme de canicas bajo una casa-vecindad del siglo XVIII, todo a causa de las obras por la construcción de un estacionamiento. Las canicas perdidas son vestigio de nuestros juegos, pues su rodar las oculta de quien las busca y ni la escoba de las mamás usada como pala arqueológica reconoce fácilmente su paradero. A veces creo que el núcleo de la tierra está lleno de todas las canicas que hemos olvidado desde que el hombre inventó la rueda.

Se dice que ya en la Edad de Piedra las canicas comenzaban su andar de circunferencia. Aunque la huella más antigua que guardamos de ellas es una tumba egipcia de un niño que fue enterrado con sus esferas apreciadas. De nuestro tiempo quedará el vestigio del vulgar cristal, como de los cretenses perduró el uso del jaspe y el ágata con los que se elaboraban las canicas para jugar en la calle.

¹ El Canal de las Manualidades, “Manualidades / Cómo hacer floreros con canicas”, disponible en: <<https://bit.ly/2sHXhjQ>>.

La superioridad de la esfera la ha hecho rodar a través del tiempo. Lo que une a César Augusto conmigo es ese círculo voluminoso que recorre cumbres, pasadizos, tierra y mosaico. La forma de la canica rodó de la palma de un niño egipcio a otro minoico y de allí llegó a las manos del primer emperador romano. Giró sobre la arquitectura gótica de la Edad Media y cruzó océanos. Conoció el Absolutismo, huyó de las revoluciones y también retumbó junto con el piso en Hiroshima. La fábrica le abrió sus puertas, se hizo amante del plástico, vistió la ropa de otra materia y vagó por caminos de cemento hasta ser embalada en una caja que fue expuesta en los estantes del supermercado. Allí esperó quietecita, pensando en el destino que habría de tomar. Existir es un traslado continuo.

Recién despertó de su somnolencia, escapó de la estrella de David y saltó al vacío en busca de una vida mejor. Pero ahora, regresará de su éxodo al tablero de las damas chinas pues mis manos la han encontrado debajo del sillón de la sala. La aprietan para que no se escape. Y tan pronto la luz la encuentra, me percató de que me ha engañado y, en mis dedos hay una pieza olvidada de fontanería, mientras que la canica rebelde rueda por una andanza que nunca conoceré.

Bolsas que guardan bolsas

Casa: arquitectura de pintura blanca, impoluta; edificio vacío.

I

El largo proceso que la casa inicia para convertirse en hogar da comienzo con un colchón sobre el piso. Antes de él, las paredes viven una prehistoria de arañitas y ecos. La historia del hogar se calcula en a. C. y d. C.: antes y después del colchón. La caída de un matrimonial en un cuarto vacío dictamina el destino de lo que pronto será una recámara. Y con su retumbar de resortes aún macizos inaugura una era. Habitar es invadir. Desperdigar. Ser el amo del atiborramiento.

Una casa comienza vacía, comienza en soledad de licuadora y frigobar. Los electrodomésticos ausentes son inventados por el ingenio y por la tecnología del trabajo mecánico. La precariedad nos enseña a apachurrar, triturar, morder; a hacer de nuestras manos una herramienta a falta de las que funcionan con la corriente eléctrica. Una casa en construcción es remembranza de la era del quinqué, está despojada de comodidades. En un principio se habita un espacio tan blanco que sólo recuerda a la nada y las paredes desnudas traslucen su piel friolenta. La sala de esa casa no tiene sillones acolchados sino muebles de jardín, y el comedor no es sino tres sillas metálicas cuyo respaldo dice Cerveza Corona. Un aprendizaje se extrae de la casa en construcción: mesas,

libreros, bancos, todo mueble puede ser remplazado por una caja de cartón robusto.

De pronto, con el correr de los días, muebles y accesorios llegan. Aparecen poco a poco salpicados por el azar: una silla de madera, una cortina de baño. Y luego del centro de entretenimiento y las alacenas, la casa comienza a poblarse de decoraciones: un colguije para las llaves, un cuadro sobre la pared, una artesanía poblana. A diferencia de la casa, un hogar se abarrota. Se construye a partir de la mugre y la acumulación; las dos son maneras de apropiarse de esos muros que por su asepsia se revelaban sin dueño. ¿A poco el hogar no es, *chist*, donde se hace la lumbre? Exige hollín y ceniza. Necesita de esos pequeños vestigios testigos del tiempo que se ha pasado entre sus paredes. Existir es dejar polvo y regar cabello por donde se pasa. Es transformarse; mudar de piel y no notarlo.

Hay costumbres que sirven como indicadores de que una casa está en proceso de ser propia. El hogar no existe en la perfecta pulcritud: necesita manchas y pelusas. Se construye capa por capa, es un proceso de sedimentación de las costumbres. Nace cuando somos capaces de asegurar la identidad de los cabellos tirados en el piso y cuando sabemos que el polvo rasguñado por la escoba es nuestro cuerpo desmoronado en células muertas más pequeñas que los granos de sal.

En la suciedad del hogar está condensado el paso del tiempo. Son síntomas de esta apropiación la mancha amarillenta del lavabo o un cenicero sucio con costras de cigarrillos inscritos en el pretérito. Y en este proceso de conquista, el asentamiento humano hace que la basura cobre una nueva vida. Un envase de un litro de yogurt de fresa se convierte en contenedor de frijoles refritos, el vaso de vidrio se usa para beber agua tan pronto la veladora contenida se ha consumido por completo. El desperdicio es útil para formar el rostro de un hogar, casa donde el plástico renace y se almacena dulcemente en las bolsas que guardan bolsas, epítome de la resurrección del desecho.

Una bolsa de plástico que, a su vez, guarda bolsas de plástico no se adquiere o se compra: se construye. Se debe ser paciente para ver su gestación, como el feto que comienza a hincharse en las entrañas y sólo revela su forma en el ultrasonido. La vida de la bolsa que guarda bolsas es un espejo de la vida propia. Se nutre de ella, de las salidas al supermercado, de cada compra. En un punto de la historia del nacimiento del hogar se deberá seleccionar a aquella que se tragará a sus hermanas. Fatal destino.

Llegará un punto en el que el abarrotamiento de las paredes haga cumplir su ciclo a las cajas que servían de mesitas, a los huacales sustitutos de libreros. Pero en esa circularidad de los muebles, las bolsas de plástico se distinguen por su trascendencia: jamás son reemplazadas, sino que se acumulan una tras otra y crecen de manera desmedida en este reciclaje al que nos obliga, no la conciencia ambientalista, sino la precariedad y la pobreza clasemediera.

II

En la fila de Walmart veo desfilar mis productos por la cinta mecánica. A la bolsa la vi nacer en cada caja registradora con el bellísimo ritmo de la producción en serie de una fábrica colosal. Su primer grito tiene el sonido de un trueno, de un chasquido. Dejan de ser láminas de poliuretano para convertirse en recipientes. Las bolsas nacen cuestionando los principios de la procreación. Los empacadores son padres donde la paradoja del tiempo se encarna: viejos y niños dadores de vida plástica. En cada cerillo de supermercado, la chispa de su vida se enciende. Con un soplo, la bolsa se abre a la existencia, se infla de una sola exhalación, lista para deglutir jitomates, latas de atún, jabón de manos.

Cada una se abrió y generosamente cedió su interior a las legumbres. Otra, a una caja de Choco Krispis. Unas más se llenaron de cartones de leche y fácilmente se olvidaron de sí mismas.

Toda bolsa nace para ser maternal resguardo, aunque algunas se rebelan al designio de su naturaleza y prefieren la muerte abrupta agujereando su fondo. ¿Existe algo más triste que una bolsa que nace deforme, mutilada, e incapaz de funcionar para su único propósito? Quizá por eso, debido a una trágica visión, hemos encontrado formas de hacer de la bolsa una materia prima que sirve para atornillar el vaso de la licuadora, para fungir como guante al recoger las heces caninas del paseo matinal, para cubrir el cabello como una gorra de baño.

Pero incluso en las bolsas existe la terrible jerarquía racial. Muchos las discriminan y las dividen dependiendo su alcance estético: las que sirven como envoltorios para regalo, las resistentes para transportar comida y ropa, las feas cuya deformidad sólo alcanza para ser cubierta del bote de basura. Hay quienes tiran las peores bolsas como si fueran tan sólo un desecho. Y en ese acto aparentemente insignificante, subyace un egoísmo fatal. Toda bolsa tirada a los basureros está condenada a ser un Sísifo del desperdicio: su levedad la hará rodar por el mundo, llegar a las alcantarillas, desagües, a los océanos y a las playas. Sin poder detenerse se sumará a otras tantas que corrieron igual suerte. Bolsas fantasma que vuelan como globos deformes recordándonos nuestra fiebre mercantil. Uno de cada tres kilos de plástico producido mundialmente tan sólo es para envoltorios. Nuestras fábricas se dedican a procrear bolsas que guardan a otras: en el supermercado metemos envoltorios dentro de más plástico cobertor. Y aunque quisiéramos cambiarlo, parece no existir solución alguna, pues la eliminación de todos los rebrimientos nos obligaría a regresar al uso del papel. Cubrir la alta demanda de nuestro frenesí, acabaría de una vez por todas con los bosques.

El mundo es una bolsa que guarda bolsas. Mundo desechable. Contundente y resignado envoltorio.

III

Cebolla plástica, capa por capa te contienes a ti misma. ¿No te da miedo tragar a tus semejantes? Yo siento asco de sólo pensar en mis dientes masticando un cuerpo humano que podría ser el mío. Pero tú no tienes límites y en tu naturaleza está ser ese Saturno poliuretano que se traga a sus hijos sin sentir culpa alguna. Tu estómago no se sacia de viernes a domingo, su digestión es lenta y no se corta ni con el golpe de la hoz.

Como *matrioshka* tu cáscara de dinosaurio se duplica. Tu naturaleza es la de un cuento de Sherezade que se gesta en el supermercado y se narra en la casa. Por golpe del azar, tú fuiste elegida entre las otras para no ser devorada sino para devorar. Te diferenciaste entre el racimo inaudito de tus hermanas que se olvidaron de guardar tomates y manzanas, cajas de cereal y chiles enlatados. Bolsa madre, hija del petróleo.

Tú y yo nos parecemos, aunque cueste admitirlo. Como tú, voy guardando en mis entrañas las tristezas más hondas. Las dejo ahí, húmedas, sin ponerlas a secar. Y no me importa recubrirlas con otras nuevas, hasta lograr tantas capas que se pierda el sentido. Lacan dijo que los traumas son como una cebolla. No hay que confiar en la superficie. Si te pones a excavar, encontrarás algo asqueroso.

Más que cebolla, creo que el hombre es como una bolsa que guarda bolsas. Eterno, sin reincorporarse a la tierra. Sin lograr pudrirse. El cuerpo ya es otro estado de la materia. Duele como la carne, pero parece plástico. ¿Qué monstruo amenaza desde el fondo y no nos permite escarbar?

Manifiesto sobre el uso de pantuflas en la oficina

Animada por la desazón de nuestros tiempos burocráticos que unen a todo trabajador, y por la fe que conservo en quienes aún creen posible la restauración del alma individual, hago un llamado a todos aquellos empleados gubernamentales, oficinistas grises deslavados, obreros sin casco, secretarías decadentes de rímel corrido y el resto de esta infinita fauna que vive en reducidos cubículos con hábitos malsanos a abogar por la reforma que me propongo explicar rigurosamente a continuación.

Planteamiento del problema

Durante décadas se pensó ingenuamente que la oficina era un sitio nulumamente riesgoso. A diferencia de las fábricas y los oficios manuales, pareciera que el escritorio lleva la delantera en cuanto a seguridad se refiere. Sin sierras gigantes de metal ni engranes que puedan reducir los miembros a muñones, una cortadura con papel o dedo engrapado se presenta como nimio inconveniente. Sin embargo, nadie imaginó que la silla giratoria fuera cuna de una enfermedad más terrible que avanza como víbora cancerosa y nos muerde envenenando lo que encuentra a su paso.

Este mal que aqueja a todo esclavo de la oficina nace en la imposibilidad del ocio. El rutinario transcurso de las horas se repite día tras día como un espeso grumo que crece durante toda la semana

laboral. Saber que el sol sólo aparece en la sombra que va tiñendo la pared como una pincelada ralentizada resulta triste para quien sale de casa a oscuras y, en las mismas condiciones, regresa sin que su piel sea tocada por un rayo encendido. ¿Qué mayor enfermedad existe que la melancolía, afección que no se cura con clips gratuitos ni con un arcón navideño de latas y embutidos importados, ni siquiera con un aguinaldo gastado en una casa que ya no se siente como propia por falta de costumbre?

El mayor riesgo del oficinista es su propensión a la tristeza. Supera por mucho a los dolores de las vértebras de la espalda y al síndrome del túnel carpiano. Ninguno de los dos es esa mariposa negra atrapada en un rincón del pecho. La vida privada se minimiza como ventana emergente.

De ahí que resulte imprescindible recuperar un poco de la intimidad en el espacio colectivo donde las impresoras industriales no reconocen las incontables manos de quienes las usan. Es urgente rebelarnos en defensa del ocio y del placer. Si bien es cierto que el hedonismo de cada uno termina donde comienza el del otro, también es verdad que a la oficina le hace falta más sensación de retorno a casa, menos grifos de agua comunales donde las bacterias se acomodan con holgura; más sillones mullidos que huelen a domingo, menos comida en *tupper* calentada en microondas; más confortabilidad de pantufla.

Y debido a ello, sin negar jamás que el trabajo es fuente primordial de nuestros ingresos, reconquistar el tipo de calzado es dar un primer paso en el sendero de las libertades laborales que dignificarán al oficinista. ¿Para qué hacer esperar a nuestros pies hasta las diez de la noche, si las pantuflas aguardan con disposición absoluta nuestras plantas callosas sin reclamo alguno? Recuperar una mínima parte de la comodidad perdida es lo que necesita el burócrata para reencontrar su decoro. Nuestra humanidad se extiende por los mínimos placeres. Y a ellos debemos de volver.

Sí, la vida de cubículo requiere de estiramientos y ejercicios para la postura, pero también —y muy urgentemente— de unas pantuflas que den reposo, sosiego y dignidad.

Antecedentes

Los pies son esa parte del cuerpo que nos mantiene en contacto con el piso. Son la templanza y el símbolo de nuestro andar por el mundo. Tener los pies en la tierra o en las nubes depende, muchas veces, del calzado que se elige. De ahí que las pantuflas expresen más que la búsqueda de lo comfortable; son la negación del orden y el progreso.

Bien es cierto que todo zapato es ropa, adorno y armadura. Primeramente, merece ser considerado como prenda útil por encima de su carácter estético, pues nuestra condición de *homo erectus* nos exige proteger aquellas extremidades que ya no se reconocen en las pezuñas ni en las patas acolchonadas. Una de las decisiones más difíciles, aunque nimias, en la vida de cualquier hombre es la elección de unos buenos zapatos. ¿Alguien está dispuesto a calzar un número distinto, a permitir que el arco sea un disturbio en los cartílagos, a usar materiales que rosticen o se incrusten en el pie? Reto a cualquiera a hacer su rutina diaria con unos zapatos incómodos o con unos anteriores al siglo XIX que no diferenciaban entre derecho e izquierdo. Un zapato sigue cada paso con mayor fidelidad que la sombra infructuosa que jamás alcanza su objetivo y se condena a perseguirlo perpetuamente.

Además de su protección, el zapato es también un dispositivo simbólico. Que nadie se engañe en los diferentes modelos de aparaador que aparentarán ser casos fortuitos cuyas diferencias parecieran apelar únicamente al gusto o dinero en el bolsillo. El calzado marca diferencias en el ser humano, tal como la forma de llevar el cabello lo ha hecho desde que el hombre lo cortó para decir con él otra cosa. Hacerlo signo de un algo ausente, implícita comunicación.

No es de extrañar que en la Antigüedad el calzado fuera una manera de indicar la clase social a la que se pertenecía. Sólo el faraón y sus dignatarios podían llevar sandalias. Los grecorromanos descalzaban a los esclavos, pues las chanquetas eran estrictamente de los hombres libres. En Roma, el pesado zapato de madera aumentaba el castigo de los criminales forzados al caminar tortuoso que hoy las mujeres abrazan en sus tacones de aguja de doce centímetros que son una afrenta a la naturaleza y sentido común.

Si el zapato sólo fuera utilitario, protección pedestre, no hubiera sido considerado un cosmético desde la Edad Media. Carlos VIII usaba las puntas cuadradas no por comodidad sino para esconder su polidactilia de seis dedos; Godofredo de Plantagenet disimuló la excrecencia de su punta de pie al usar unas polainas; Luis XIV aprovechó el tacón para disimular su baja altura. El zapato siempre implica una decisión, ¿por qué no elegir el uso de pantuflas en la oficina?

No hay que olvidar que el calzado es también una postura política e interpretación del mundo. La Revolución francesa no sólo guillotiné cabezas sino también tacones. Este símbolo de la aristocracia era impermissible en la nueva patria del ciudadano y hombre libre, igual, fraterno. La historia del tacón que comenzó con los persas a caballo usándolo para afianzarse a los estribos, se extendió a una Europa que buscaba masculinizarse a partir de la copia al oriental indómito y aguerrido. El tacón se extendió entre hombres y mujeres por igual hasta el siglo XVII como muestra de superioridad y estatus. La moda de la época buscó lo incómodo para señalar a los ricos y poderosos que no tenían preocupación por caminar grandes distancias, los únicos que podían darse el lujo de torturar a su cuerpo no obligado a sufrir cotidianamente. Por eso, el revolucionario también hizo de la ropa un estandarte. El zapato a ras del piso fue un manifiesto libertario, como también las corbatas negras diferenciaban a los rebeldes de los reaccionarios bermejos.

De ahí que el usar pantuflas en horas laborales no sea tan sólo un capricho. Las pantuflas que no se ocupan en casa son la liberación de la obligación humana. Acto de rebeldía y de encuentro con uno mismo. La pantufla no tiene otro fin más que la exaltación de un hedonismo perdido en la intimidad y que, a un tiempo, se hiperboliza en la imagen que construimos de nosotros hacia el mundo mediante *selfis*, actualizaciones de estado y virtualidad. Aparentes interacciones que no dicen mucho de quien las ejecuta, pues igualan democráticamente al usuario de internet hasta desdibujarle el rostro. El oficinista no es un aristócrata de tacones rojos que se pasea por Versalles, sino un obrero confinado al aburrimiento. Como tal, la paradoja lo lleva a mostrarse pulcro a pesar de que nadie lo observa ni se preocupa por él más que en los días de nómina quincenal. La burocracia necesita de la fealdad de la pantufla, soberanía del peluche, cuya figura amorfa instaura el imperio de la comodidad y el reposo.

Estos hombres —en el pasado llamados Gutierrezitos; hoy, Godínez; mañana, sólo el futuro lo sabrá— son esclavos de un nuevo imperio romano que les impone un calzado incómodo como el del despotismo ilustrado para que en la oficina ejerzan el derecho del trabajo que todo ciudadano tiene. Este apelmazamiento histórico nos ha conducido a absurdos que nadie se atreve a cuestionar. En mayo de 2016, Nicola Thorp, del Reino Unido, fue suspendida de su trabajo por no usar tacones de cinco centímetros y castigada con un día sin paga. El gobierno discutió si era legal o no exigir a las empleadas el calzar zapatos de tacón alto. Ese mástil mortifica y pervierte la columna vertebral para estirla y hacer de ella un espécimen digno de mostrarse como ejemplar perfecto con senos que sobresalen y turgentes glúteos.

Es cierto que muchos trabajos sustentan su éxito en la imagen proyectada a los clientes y en la superficialidad de estos tratos. Las pantuflas no tienen cabida en el artificio de los negocios que operan bajo la ley de la manipulación mediante el ojo. ¿Pero qué pasa con

aquellas abejas obreras carentes de identidad a las que se les niega cualquier comodidad por más necesaria que ésta sea? Seguramente muchos refrenarán su instinto natural de calzarse unas buenas pantuflas por considerarlo un acto vergonzoso. Se ruborizarán por esta modesta proposición porque el placer produce escándalo aunque no sea ilegal. No debe existir bochorno alguno que se origine en la dócil pantufla sino, más bien, la satisfacción de la lucha contra la ignominia y el oprobio mediante un cambio sutil, casi imperceptible e invariable para los grandes corporativos, pero esencial para el hombre producido en serie que trabaja frente a un ordenador.

Por eso, dirigiremos nuestros esfuerzos al cumplimiento de una decena de preceptos, semillas fecundas de placer, que enlisto a continuación:

Decálogo

1. Amarás a tus pantuflas como amas la libertad.
2. Usarás unas pantuflas que te recuerden la sensación de tu casa y hagan de tu sitio de trabajo un lugar de placer íntimo.
3. Buscarás unas pantuflas decorosas que permitan la movilidad y nunca la impidan como aquellas almohadas colosales que asemejan garras de tiranosaurio o detestables animalitos cursis que abren sus bocas obscenamente para recibir los pies ajenos.
4. No desearás la pantufla de tu prójimo.
5. No competirás por tener las mejores pantuflas ni las más costosas, sino que velarás por el bienestar de tus pies haciendo de la humildad ante los demás tu virtud máxima, y de la exaltación de tu placer para contigo mismo el segundo eje.
6. No tendrás pudor en usar tus pantuflas ni dejarás que el leviatán laboral melle en tu derecho al placer mínimo.

7. Recordarás que la pantufla es un zapato y, por ello, puede ser visto por otros, pues el hogar se conoce mediante el calcetín gris de polvo y piso.
8. No caminarás en calcetines por la oficina, pues éste es un placer propio de la casa.
9. No te avergonzarás de tu hedonismo.
10. La pantufla será el inicio del derrocamiento de lo incómodo, se rasgarán las telas de las corbatas, correrán hilos de poliéster hasta el bote de basura, se quebrará el imperio del gafete.

¡Proletarios del mundo, uníos! ¡Usad vuestras pantuflas!

Ciudad de México, 2017

¿Quién falta de la propina? o de las comidas en grupo

Aún no entiendo por qué existe gente mala que arruina cosas tan buenas como la comida. Si comer es un placer sencillo, necesidad básica, que se puede satisfacer en la soledad del paladar que degusta queso derretido, chocolate cremoso o pan crujiente, ¿por qué hay quienes se empecinan en organizar esas salidas en grupo a un restaurante? No sé qué germen diabólico nace en sus conciencias y los provoca a intentar una empresa tan infructuosa como coordinar apetitos diversos.

Las salidas a comer en grupo están destinadas al fracaso. Sobre todo ésas que no se prefiguran como citas, martes a las ocho en las pizzas frente a la casa de Juan; no, me refiero a las que se desprenden de la necesidad oficinista, estudiantil, cualquiera en donde la iniciativa de unos cuantos se convierte en el imán donde muchos aledaños se juntan. En esos ámbitos de convivencia obligada pareciera imposible salir con tres personas nada más. Siempre hay alguien que llega con las tripas dolientes y se anexa a un plan donde jamás estuvo contemplado. Las salidas a comer en grupo son los ecosistemas donde los colados son especie endémica.

Quizá pueda parecer buena idea salir a pasar el rato con otras diez personas más, conocer gente, pero ese espíritu de rebaño se pierde tan pronto llega el momento de decidir el lugar a donde se va a ir. Alguien propone mariscos: el coctel de camarón es buenísimo y hoy está al dos por uno la chela. Todos vitorean, las serpentinas

salen de las bocas hambrientas, los pies se disponen a la marcha. Pero hay un problema, Juanita es alérgica y no va a poder comer nada. *No se preocupen, pido una ensalada o algo así. Ya veré qué como.* Los rostros abandonan sus muecas festivas y anhelantes.

Éste es un buen momento para huir. Siempre será más rápido comer solo que mal acompañado. Algunos lo piensan, mas nadie lo ejecuta. En su lugar, todos cavilan nuevas opciones. Ya está: un restaurante argentino, deliciosos cortes de res, algo caro, pero nunca está de más un gustito. A la manada se le hace agua la boca. No se necesita ser el macho alfa para ya estarle hincando el diente a un buen filete término medio. *Oigan, ¿qué tan caro está?* Interrumpe una nueva voz. *Es que, como no sabía que íbamos a ir a ése, pues no vengo preparado con tanto dinero. ¿No podemos ir a uno más barato?*

Así desfilan una por una todas las opciones viables: una fondita deliciosa que cayó por no aceptar tarjeta, un bufete oriental que murió por no tener mesas suficientes para la marabunta, un puesto de antojitos muy grasoso para los que intentan seguir la dieta. Ni hablar, siempre se decide ir a un lugar que no era, ni por poco, la primera opción de alguno. Las salidas en grupo obligan a los comunes denominadores, lugares grises que, en su afán de complacer a todos, no satisfacen a nadie. Imponen la retórica de la comida rápida mexicana: tacos dorados de pollo, milanesa empanizada, sopa de fideo y esa supuesta *ensalada* que no es más que una montaña de lechuga con dos rebanadas de jitomate, si hay un poco de suerte.

Como si no fuera ya mucho el tiempo perdido en esa selección tortuosa, el camino hacia el restaurante se alarga como un desierto. El caminante autónomo es dueño de su ritmo y velocidad, puede ser ágil como gacela. Sin embargo, las multitudes están condenadas a la lentitud, un andar pesado peregrinatorio. Toda congregación precisa y agrava el letargo. Por eso es que los urbanistas saben que las banquetas no están hechas para las hordas. Si las multitudes abarrotan avenidas en una marcha no es tan sólo por fines políticos,

sino por ese sentido común que no poseen los grupos que salen a comer. En el trayecto al restaurante, son tantas las personas reunidas que no se puede caminar fluidamente. Atención, deténganse: hay que esperar a los que no lograron cruzar la calle en el alto. Así pasa un semáforo divisorio de multitudes. El grupo vuelve a reunirse. Pero tan pronto se reanuda la marcha, una nueva pausa amenaza a todos. Atención, deténganse: van a comprar cigarros.

Al llegar al establecimiento, los gerentes podrán ver cada cabeza con un signo de pesos, pero los meseros no le encontrarán mucha gracia a ese grupo numeroso que significa más cansancio y trabajo: hay que juntar dos o tres mesas con sus respectivas sillas, es decir, intentar edificar un nuevo restaurante. Y lograr esta disposición espacial sólo provoca el apretujamiento colectivo. Quizá por eso, en las salidas grupales, todos los comensales quedan absortos ante la organización de las mesas y nadie se decide a sentarse inmediatamente. Es justa la exasperación de los meseros que son testigos de ese espectáculo lastimero en el que todos chocan al intentar tomar un sitio. Nadie estará contento, no faltará quien quede sentado en el borde de dos mesas y estará condenado a que su plato se tambalee perpetuamente.

Con todos en su asiento, llega el momento de ordenar. El mesero escucha atento y ruega a Dios que todo salga bien, que el Espíritu Santo ilumine a los hambrientos y les dé el don de la palabra. Si lo logró con los apóstoles, ¿por qué no lo podría hacer una vez más? Sin embargo, su ruego es infructuoso, pues el Creador concentra su potestad en enfrentamientos bélicos y resurrecciones, no en menús ejecutivos o a la carta. Quizá por este descuido divino es que dos personajes son habituales a la hora de pedir la comida: nunca falta el indeciso que, después de una larga lista, se arrepiente de la sopa y mejor pide consomé; tampoco se cohíbe el preguntón que no se permite probar alimento sin antes recrearlo en su cerebro, *¿pica mucho la salsa?*, *¿qué tan grande es el filete?*, *¿viene acompañado de ensalada?*, *¿tiene algún lácteo?* Los escépticos de la comida no logran

retener su voracidad de inquisiciones y esa hambre de respuestas los puede conducir a solicitar la carta de vinos, preguntar por el cuerpo, aroma y cosecha de cada uno, aunque terminen pidiendo tan sólo una limonada.

Ya lista la orden, uno puede darse a la bonita tarea de ver el reloj y percatarse de que en todo el tiempo gastado ya se podría haber comido e, incluso, terminado el postre. Pero qué más da. No resta sino disfrutar de las siguientes inconveniencias del apelmazamiento: intentar hablar con alguno de los diez compañeros, pedir disculpas cada que los codos rozan con las carnes aledañas, iniciar torpes actividades de recreación colectiva. Son tantos los individuos que no se puede hablar con ninguno o, en todo caso, se termina conversando con la misma persona que se frecuenta habitualmente y en esta perpetuación de las costumbres las salidas grupales pierden toda lógica e intención.

Uno no valora tanto el comer como un acto privado hasta que se enfrenta con los hábitos de los otros. Las comidas en grupo son bacanales nutricias donde los excesos de cada uno salen a la luz. Mientras hay algún cleptómano de cubiertos o vasos de agua, otro confianzudo toma la comida del plato sin pedir permiso. ¿Alguien ha visto el burbujeante centro de las salsas comunales? Esas partículas espeluznantes tienen su génesis en todos aquellos que meten un totopo recién mordido en el condimento logrando esa unión inseparable de tomate, ajo, chile y salivas diversas. Sazón obscena. Entre estornudos imprevistos que no alcanzan a ser atajados por la mano, entre húmedas moronas de comida que salen disparadas de las bocas, el festín del asco se recrea en las malas costumbres. Siempre existe un tentón que trata de leer el mundo como si fuera una hoja escrita en braille y no duda en tocar pan o tortillas que no habrá de comer. Si la mesa fuera una escena del crimen, su ADN estaría en todas partes. Ante estos panoramas que hacen de la compartición una piara inmensa, el hecho de que la comida tarde en

llegar o que a alguien le traigan lo que no pidió, se reconocen como problemas mínimos.

Observar a los demás implica saberse observado. Es fácil juzgar los modales de los otros como es sencillo ser juzgado por los ojos atentos en cómo masticamos mientras pedimos la sal. Por eso incomoda ordenar unas flautas de res y recibir cuchillo y tenedor, ¿qué tratan de decirnos?; Hamlet estaba errado en sus cavilaciones, no hay mayor dilema que elegir entre mano o cubierto a la hora de sentarse a la mesa. El Manual de Carreño de nuestro cerebro cada vez está más atrofiado y nos vuelve una Julia Roberts en *Mujer bonita* que se marea en el torrente de cucharas, tenedores y cuchillos de diferentes tamaños. ¿Qué es más obsceno: tomar con la mano lo que debiera comerse con cubiertos o comer con cubiertos lo que debería tomarse con la mano? El exceso de educación sólo nos hace darnos cuenta de que las reglas de convivencia no valen nada si el hambre es tan intensa que nos podríamos beber una sopa de codito como si fuera un gran vaso de champurrado. Un buen ejercicio para reconocer hipócritas podría ser el darles una orden de tacos al pastor junto a un juego de cubiertos. Sólo nos restaría sentarnos a esperar su reacción y con ello comprobar si su honestidad es suficiente como para aceptar el jugo de la carne entre los dedos o si sucumbirán al corsé metálico para cortar tortillas con cuchillo sólo por temor al “qué dirán”.

Ya con la panza rebosante, es fácil recordar que reza el dicho: “Cuentas claras, amistades largas”. Por eso es crucial el momento en que se debe pagar el total del consumo. La poética del gorrón insta a algunos a pedir los platillos más caros para después sugerir que la cuenta total se divida a partes iguales. En la convivencia más fútil se conocen los verdaderos caracteres humanos. No se puede saber quién es un villano hasta que revela su naturaleza al pedir más cigarros que cualquier otro, hasta que se abre paso a punta de codazos en el metro o pretende sacar provecho de la confusión en la

mesa para pagar menos que los demás. Todo tipo de hombre se hace presente a la hora de solventar la cuenta grupal: aunque muchos puedan ser tan sólo colaboradores del caos, siempre llegará un salvador cuya misión es formar cosmos del fango. No siempre se pueden pedir cuentas separadas. Debido a ello, alguno de la mesa recibe siempre esa revelación, un halo de sabiduría y consciencia que lo impulsa a autoproclamarse redentor matemático. Ese líder asume el compromiso moral y político de hacer coincidir el dinero con el total del *ticket*. Encontrará la manera de que los billetes huérfanos en el centro poco a poco completen toda demanda. Ese Salomón, juez justo, da cambio a los que lo necesitan, exige el importe a quienes no han pagado, calcula la propina. Señala, inquiere, solicita, busca, comprende, exclama, opera, sin que nadie se lo haya pedido. Y si a pesar de sus esfuerzos nota que hay gato encerrado, que seguramente ese sujeto que se fue antes y “dejó pagado por adelantado” no cumplió con la cuota necesaria, aparecerá otro carácter humano por cuya presencia el mundo sigue girando sin convertirse en un infierno: el caritativo, madre Teresa, que no duda en sacar de la billetera los dineros restantes para lograr la concordia comunal.

A pesar de que siempre existen soluciones a todos los problemas, es molesto ceñir el tiempo al tiempo de los otros. Particularmente en las salidas donde uno no se puede permitir la sensata elección de quienes habrán de compartir la mesa. El mayor equívoco de estas salidas en grupo es pensar la comida como un acto burocrático y no como un acompañamiento, placer de la empatía. Si se decide almorzar con otros, debiera ser por un pacto de confianza en donde todo tiene cabida y, a su vez, todo se puede compartir. Tolerar a los demás no significa cegarnos a sus defectos sino sencillamente asumir que la naturaleza humana es imperfecta. El acto de comer no es algo que se pueda hacer con cualquiera en plenitud, como tampoco lo es llorar, tener sexo o ir al baño. Nuestro cuerpo y sus aberturas nos convierten en sacos de excreciones. La

amistad no es otra cosa que asumir la corporalidad irrefrenable y entender, a través de esta resignación, que la muerte es inminente porque somos tan sólo una madeja de tubos digestivos, conductos lagrimales y metafísica intestinal.

Llego en cinco minutos

Tres estadios resultan devastadores para el ser humano: la muerte, la enfermedad y la espera. Como alfileres pequeños, se dedican a pinchar suave y dolorosamente nuestras vulnerabilidades. Logran desteñir la mirada vivaz hasta darle un acabado grisáceo, deslavan y reestructuran las piezas que con calma quisimos usar para construir un piso de certeza y de placer. Esta triada ominosa se abre como caja de Pandora: la muerte es un martirio por ser ajena —zarpa sagaz que arrebató lo más querido—, la enfermedad se padece en carne propia, y la espera lastimosa es un purgatorio en vida. Las tres han hecho tregua con el azar que las convierte en imprevisibles maneras de arrancar, como una costra, la confortabilidad tan anhelada.

Esperar es un acto tedioso, desgastante, una lija del buen ánimo; pero absolutamente necesario e ineludible. Las esperas largas —como los nueve meses que un feto tiene que aguardar para alcanzar su grado máximo de cocción— no son tan abrumadoras, no derriten los nervios ni hacen perder los estribos como las pequeñas esperas. En la longevidad de la demora ejercitamos la paciencia, acto de sabiduría y comprensión. Difícil de entender en un mundo de compras por internet, tuits informativos y vuelos trasatlánticos. Sin embargo, la paciencia también es una oruga que mantiene su metamorfosis dentro del capullo de los meses o de los años hasta aparecer en forma de una mariposa impaciente.

La mutación de las esperas largas en mínimas es el génesis de la zozobra pues, de un momento a otro, el tiempo adquiere una materialidad chiclosa.

Los cinco minutos son la medida de la espera. De no ser porque las múltiples culturas difieren abrumadoramente en el significado de la puntualidad, los cinco minutos pudieran ser considerados un patrón internacional, así como hemos robado del mundo y de nuestro cuerpo las pulgadas y las millas, para elaborar una medida convenida. Sin embargo, los cinco minutos del mexicano nacieron como parte del léxico del mentiroso o del demorado, ya no significan lo que son. Se han convertido más bien en una connotación terrible, un espérame tantito, ahorita llego; pavorosa confirmación de que el tiempo, así como nos preocupa, también nos importa muy poco cuando gastamos el que pertenece a otros.

Café Avellaneda, miércoles, 6:17 p. m.

Los meseros son cronómetros que miden la tardanza del acompañante fantasmal, ése que no aparece a la hora en punto estipulada. *¿No quiere otro café?* Dice el camarero perspicaz cuando nuestra taza se convierte en un páramo que no alberga líquido alguno. Mirar el reloj sólo confirma que los minutos avanzan con paso firme, casi marcial, para asegurarnos que nos han dejado plantados. El mesero distingue con certeza ese momento preciso en que las raíces del que está sentado en soledad comienzan a crecer hasta afianzarse a su silla. En su mente, el tiempo que el comensal aguarda por la llegada de alguien lo va convirtiendo poco a poco en árbol: ramas, corteza y musgo nacen. Y esa transformación, sin la gracia de Dafne, les avisa que es buen momento para atacar. Su aguzada inteligencia mercantil conoce nuestro sistema operativo, sabe que nos forzará a solicitar una taza más. Las esperas hacen llenar nuestras vejigas de agua no deseada o nuestros estómagos de totopos, de pan de bienvenida.

No importa que hayan pasado diecisiete minutos. A pesar de las malas señales, nos damos a la tarea de conservar la esperanza, la depositamos en un frasco con alcohol para que no se pudra. Sabemos que es un objeto frágil, delicado como papel arroz, niño travieso que desaparece si se le pierde de vista. Por esta manera de aferrarnos a la espera, el mejor recurso que el mundo tiene para echarnos en cara nuestro abandono es el alma intercesora que toma una de las sillas de nuestra mesa como queriendo decir: ¿te has dado cuenta de que estás solo y aquí no hay nadie?

Las esperas breves son una lucha contra el individuo. Un problema de semiótica donde el retraso es ambivalente y para el otro bien puede significar: *más valen cinco minutos de retraso que un minuto de silencio*. En el reconocimiento de lo ajeno, la cortesía nos ha hecho instaurar un tiempo de prórroga concededor de que no en todos los cerebros anida la puntualidad británica. Para el protocolo, la espera es imperdonable. Las faltas a él son terribles, cunas de rencores y antipatías que ponen en riesgo las relaciones diplomáticas. A la reina Isabel II no se le hace esperar ni un minuto en el castillo de Windsor, a menos de que se tenga tan poco tacto como el expresidente de Francia Jacques Chirac. Al llegar con más de media hora de retraso en su primera visita, la falta tuvo como consecuencia ser recibido tan sólo por el duque Felipe de Edimburgo. Similar a las pautas que acatan algunos restaurantes finos —de modales poco elegantes— que te corren de la mesa si no llegan a tiempo los demás comensales previstos.

En la pugna contra el aburrimiento, late una pequeña conciencia y pulsión de vida que nos recuerda que el tiempo gotea y se fuga poco a poco. Las pequeñas esperas son molestas porque nos hacen *gastarlo*. El tiempo se paga con dinero contante y sonante en los minutos del teléfono celular o se recibe íntegro en un salario que se mide por hora. De allí que George Lakoff distinga tantas metáforas que usamos cotidianamente para

referirnos a él como un recurso limitado y, por tanto, valioso: “entendemos y experimentamos el tiempo como el tipo de objeto que puede ser gastado, desperdiciado, calculado, invertido acertada o desacertadamente, ahorrado o despilfarrado”. El tiempo es dinero y aquella persona que nos lo roba se convierte en un maleante ruin que desperdiga nuestros pocos pesos. Somos parte de la cultura Coca-Cola, mercantilista, *drive-in*. Por eso defendemos nuestro tiempo como perros: por ser extensión de nuestra casa, de la arquitectura de nuestra vida íntima, del sudor etéreo, del esfuerzo capital.

La cara amable en la moneda de la espera es que, mientras disfrutamos de nuestro tercer café americano, nos permitimos ser espectadores de los demás. Es la necesidad de verlos como si el mundo fuera una pecera gigante. Lo mismo que ocurre con los gimnasios de ventanales colosales en donde la grasa se pierde porque se la llevan los miles de ojitos de los transeúntes y automovilistas. No existe mejor lectura del mundo que la que se realiza en la espera, el momento preciso para la observación.

Consultorio dental, sábado, 1:27 p. m.

Las peluquerías y los consultorios tienen en semejanza sus salas de espera. Existe una suerte de kit para vencer la impaciencia que varía de un establecimiento a otro: acuario con pececillos tropicales, revistas insulsas, televisión que sintoniza algún canal de Televisa, sillones acolchados y la diligente lengua de la recepcionista chismosa. La cortesía de no hacer esperar a los otros, el conocimiento del fastidio, hace que intentemos evitarles ese trago amargo.

Sin embargo, las pequeñas esperas mediadas por los turnos siguen siendo abrumadoras. Pasar más de veinte minutos viendo una telenovela o la tosca producción de un programa de concursos

tiene el mismo efecto que una lobotomía. Quizá, la astuta recepcionista no las sintoniza para el entretenimiento comunal sino para aumentar el deseo de pasar al consultorio del dentista con tal de dejar de ver semejantes obras del deterioro humano.

Las paredes de los sanatorios se llenan de constancias que verifican la experiencia del doctor para consuelo de las encías adoloridas. Algún reloj nostálgico indica la hora. Para las manecillas, el tiempo es una pelota de tenis que rebota en el tic tac. La manera de pasar los ratos muertos ha cambiado considerablemente. Con anterioridad, la charla entre desconocidos era más habitual que ahora, pues actualmente es el teléfono móvil su sustituto. Pareciera que el aparato tuviera la capacidad de evitar las interacciones sociales, tragando nuestra corporalidad y vergüenza.

Esperar turno es aburrido, pero al menos las estéticas y consultorios aseguran que habrá de llegar el momento en que las tijeras poden nuestro cabello o las pinzas extraigan las piezas de nuestra boca. Las esperas en una fila son desgastantes porque no existe una garantía de obtener lo deseado como en las grandes esperas. ¿Quién asegura que el sistema del Oxxo funciona para poner nuestra recarga móvil, que las tortillas calientes no se acabarán cuando por fin seamos atendidos, que la caja registrará todos los *tickets* de lo que hemos tomado del supermercado?

De algún modo, el regocijo del individuo se transformó en un egoísmo exaltado que ciega el reconocimiento del otro. De ahí que uno de los atropellos más terribles que experimentamos día con día sea el fenómeno de los colados, abuso que demuestra nuestro desprecio por las esperas. Al menos para el colado, ese instante que se ha ahorrado bien vale su nefasta inserción en la fila. Pero este infantil pensamiento se marchita cuando espera el metro tras la línea amarilla junto a nosotros, cuando nuestro coche lo supera en velocidad, cuando la complejidad de toda opción da cuenta de que los segundos en verdad no significan nada.

Viva Aerobus, Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, 8:55 a. m.

La paradoja de los aviones es que el tiempo que reducen los trayectos con su contaminante velocidad es proporcionalmente equivalente al tiempo que suma el tedioso proceso de documentación. Documentar equipaje es el infierno del impaciente. Parados frente a la inmensa fila de hombres, mujeres, maletas y perritos mimados dentro de cofres protectores, abandonamos toda esperanza.

Resulta inverosímil que los vuelos nacionales duren exactamente lo mismo que la espera para abordar el avión. O la mitad de tiempo en caso de que éste se encuentre retrasado. Si bien es cierto que ya no cabalgamos largas distancias o destinamos meses enteros a un trayecto, también es verdad que las esperas actuales son mucho más angustiantes aunque cada vez se acorten más. El tiempo y la desesperación son el retrato de nuestro ritmo de vida. Ambos, reflectores de una dinámica colectiva de la percepción. Ante los ojos jóvenes, los programas de televisión anteriores a su fecha de nacimiento resultan de una lentitud incomprensible. Los cuadros de las producciones del presente no duran más que un par de segundos. La diferencia entre esa mirada fragmentaria y el estatismo es la misma mutación del tiempo que permea en nuestra espera de aeropuerto junto a la tienda de regalos.

Incluso el transporte colectivo es una pesadilla cotidiana. Existe sólo una regla en él: cuando más lo necesitas, falla. El sueño de cualquier capitalino es llegar al andén y hallarlo casi completamente vacío justo cuando el pitido del tren confirma su llegada. Sin embargo, la regularidad de los días nos hace despertar de ese sueño plácido al tener que formarnos detrás de dos filas de personas que no pudieron subirse al vagón, ese tren que ya se despide velozmente dejando sólo una estela naranja. No queda más que esperar.

Como salita de consultorio de especialidades médicas, el Sistema de Transporte Colectivo Metro ha instaurado pantallas de

entretenimiento pueril. Programación que se sirve de la poética del dato curioso a la par de la televisión de las sucursales bancarias, breves cápsulas de interés común y música de moda. Usualmente, un reguetón romántico de ésos que no afectan las buenas conciencias. La espera por ver la aparición en el túnel de los leds verdes con dirección Pantitlán se acompaña del morboso video musical que se repite en las pantallas. La cámara es un narrador lascivo que recorre las curvas de una mujer cuyo peso se equipara al de su maquillaje y accesorios tan brillantes como vulgares. El lente se desliza sobre su piel con la facilidad de una gota de agua: rápidamente y sin obstáculos, rozándola por completo. Ya aprendimos de memoria su cuerpo y el metro sigue sin llegar.

Las esperas que sopesamos de pie se sienten en las rodillas. Nuestro cuerpo comunica su cansancio al cambiar de posición, flexionando su fatiga. Sabernos parte de una multitud hace que busquemos una mirada empática entre quienes han esperado la llegada del vagón durante quince minutos como nosotros. Inspeccionamos el arremolinamiento, cuestionando la manera en la que aquel hombre con una guitarra en la espalda logrará entrar en el vagón, a la vez que sufrimos un poco por la mujer con un niño en brazos cuyos ojos reflejan el temor de ser atropellada por la impaciencia de la masa. Los horarios matutinos son deudores de la puntualidad, así como la tarde es dominada por la extenuación y el anhelo de abandonar el saco tirano al llegar al hogar; por ello, la gente se torne una bestia del codazo exacto, animal que permite todo menos la espera.

Ya sea, incluso, en el ecosistema del microbús con sus ruidos naturales de cumbia o banda, las esperas nos convierten en pequeños poetas. Nace en nosotros un dominio de la retórica que se deja ver entre las hipérbolas que construye nuestra exasperación: *se tarda años en cambiar este semáforo*. El hipérbaton no es más que un regalo de la oralidad. La espera tiene su propio lenguaje.

Por la inaplazable industrialización, la humanidad ha creado mecanismos para el ahorro del tiempo que parecían garantizar una optimización incomparable. Quizá, en ello recae nuestra desesperación: en el enfrentamiento a la ineficacia. En tener que reconocer los estragos de nuestras creaciones y confesar nuestra medianía como dioses omnipotentes. Así pasa con los transportes o con la tecnología, fuerza prometeica, que en la dilatación de su perfeccionamiento nos convierte en energúmenos irritables cuando una aplicación del teléfono móvil no responde a nuestro llamado autómeta.

Lo más terrible es que incluso en las mejores circunstancias, cuando el acompañante llega a la hora indicada, cuando el metro coincide mágicamente con nuestro caminar y las filas desaparecen en la tienda de conveniencia, todo camino a casa es un siempre estar alerta, un saberse en trayecto, decisiones perentorias, camino vital donde nada ocurre de un día a otro: las casas propias no germinan del vacío, las cuentas de banco no engordan por sólo pensarlo, los ascensos laborales no nos buscan día con día. Por ello, a pesar de que los horarios cotidianos alcancen su perfección más acabada, nuestros mayores anhelos siempre tienen el rostro de Godot: aseguran que llegarán en algún momento, pero los días avanzan y siempre nos quedamos esperando, esperando, esperando.

Análisis estructural de tus besos

Amar es una angustia, una pregunta,
una suspensa y luminosa duda;
es un querer saber todo lo tuyo
y a la vez un temor de al fin saberlo.

XAVIER VILLAURRUTIA

Ensayos

La diferencia entre un ensayo como éste, una carta de amor y la prosa poética melosa es que el ensayo se inicia con una cita o referencia de autoridad porque es lo suficientemente cobarde para no hablar en primera persona.

Moretones

A Gabriel Zaid se le olvidó explicar una especie de *grafitos*. Él distingue esa cualidad terrible que nos hace apropiarnos de las cosas: las rayamos. Nos gusta marcar las bancas como una suerte de autógrafo ininteligible, escribimos en las puertas de los baños o hacemos dibujos pornográficos. *Yo estuve aquí o Puto el que lo lea*. Pintamos bigotes sobre propaganda política, cambiamos el sentido de las frases con un simple rayón. En todo caso, siempre manifestamos esa misma pulsión que se inició con la pintura en las cavernas seguida por el espray en las bardas o la Acción Poética de hoy. De algún modo u otro, el pigmento en nuestras manos es la bomba atómica de la lucha contra el tiempo: nos regala la capacidad, no creadora, sino del testimonio inscrito. Marcamos un acontecer, un espacio y una circunstancia con la tinta que perdura

mucho más que nosotros o que la ocasión misma. Así son los grafitos: huellas de un transitar.

Quizá no sólo las bancas y paredes son los lienzos de la pugna del hombre *versus* tiempo. También el cuerpo es una hoja en blanco a la espera de grafitos. En el catálogo de Zaid faltaría aumentar los moretones, pues funcionan del mismo modo que la tinta. Unos, muy específicos, no son provocados por la torpeza del cuerpo al chocar contra otras superficies ni tampoco son aquellas marcas rojizas que permanecen luego de algunas picaduras de mosquito. No hablo de aquellos pequeños circulitos que atestiguan la libación de un insecto en nuestra piel o el impacto de un cuerpo contra el nuestro. Estos moretones se comportan del mismo modo que un fólder de oficina sólo que se archivan con fecha de caducidad, ya que, por mucho, duran una o dos semanas.

No obstante, hay una categoría mucho más específica e indecifrible en su comportamiento. Más que moretones: huellas del paso de tu boca. Ni siquiera es posible llamarlos vestigios o migajas o fósiles o pisadas. Su rastro permanece aunque el tono púrpura ya se haya fundido con el propio de la piel, pues el estímulo sigue recorriendo los nervios del cuerpo entero. Quizá potencialmente puedan convertirse en un lenguaje distintivo de nosotros al hablar con las caricias y mordidas. Inconfundibles letras escritas para borrarse, para volver a escribirse, para volver a escribirse, para volver a escribirse.

Polifonía

Es posible hacer el amor con las palabras. Se puede hacer el amor con ropa puesta. Definitivamente, la palabra es tacto y no hay nada más erótico que una buena conversación. Hablar es acoplarse a los contornos del otro. Los sonidos del lenguaje acarician en aberturas, ecos guturales y en la inestabilidad de la lengua en movimiento. Y así también, es el contacto en la pureza misma del roce.

Probamos las palabras de los otros como gustamos los dulces. Hay quienes son tan azucarados como los merengues, otros son, más bien, picosos como polvo Miguelito. Otras personas tienen la acidez del limón que hace rechinar los dientes y apretar los ojos junto a la boca. Son también algunos maleables como chicles, los hay duros como caramelos, transparentes como gomitas. Tú eres todo al mismo tiempo.

Ensayos

El ensayo literario tiene la misma consistencia que la pasta de dientes. No es sólido como la narrativa, tampoco tiene la liquidez de la poesía acuosa ni se asemeja a la dramaturgia efervescente como un gas. El ensayo literario es el coloide de los géneros. Se mimetiza y extiende como un chicle. Puede ser una meditación con formato APA, la colección de datos que muta en una exploración argumentada o también aparece en la forma de esos pensamientos que se gestan en el centro del cerebro cuando se ama a alguien.

Dientes

La existencia de los odontólogos es una amenaza para la erótica. Acomodan los dientes como cuchillos, en una perfección digna sólo de las joyas intachables. Los alinean y enderezan a fuerza de alambres y pinzas y dolores. En una formación tan impecable como artificial, dos filas de muelas y colmillos sonríen para un anuncio televisivo de dentífrico.

Tus dientes tienen el acomodo perfecto en rebeldía. Muerden como besan tus dedos. Están hechos para llevarle la contraria a la lógica de la piel y sus corrientes nerviosas. Acarician y rasguñan. Son bocas en tu boca que mantienen en tensión el placer y el dolor de mi epidermis. Una mordida tuya tiene las partes de un

cuento: introducen el contacto más ligero, desarrollan los filos que se encajan, presionan la sensibilidad más susceptible y abandonan cualquier delicadeza para dejar marcados los pasos del trayecto caminado.

Voy a fingir que no recuerdo la forma de tus dientes. Te diré que han caído en el olvido. Así será la punta de mi lengua la que los reconozca antes de que con ellos busques las mordidas pasadas aún latiendo. Encontrarás mi contorno de memoria, ciego como lo ha sido siempre. Sin embargo, con una diferencia: la memoria incesante disfrazada de olvido, algo más que la espera.

Corbatas

Vamos a hacerle juego a la rima de tu nombre. Nos vestiremos de seriedad por un momento. Será hora de arreglarnos con el ritual de un día como cualquier otro: abrir la regadera, jabón, enjuague, el chorro de agua, la toalla y las gotitas. Cambiaremos, por diversión, el último de los pasos: buscarás en mí tu ropa. Yo sé que no te gustan los trajes sastre ni las costuras formales. Sin embargo, quizá puedas vestir mis piernas de corbata. Enredarlas en tu cuello para buscar el nudo que se hace entre tu lengua y la mía. Vamos a vestirnos de seriedad, sólo por un momento. Anúdalas con fuerza, no vaya a deshacerse la tensión de la tela contra tu fronda.

Yo habré de desvestirme para calzar tus manos. Tan sólo probaremos los límites más riesgosos de la ropa: romperles los remiendos, desgranar sus botones. Somos tan serios con estas prendas que dictaminaremos las leyes del encaje y las fibras. Puedes abrocharme a tu patrón hasta ceñirme. Quizá terminemos siendo un par de madejas de colores tan enredadas que hasta a los gatos harían enloquecer.

Pornografía del doble tocino

Desde el marco del televisor, una mujer de pechos redondísimos como bolas de billar pronuncia débilmente: *Sabor que seduce, tamaño que intimida*. Su voz ha renunciado a la sonoridad cotidiana de charla de café o grito de marchante: mutó en un respirar cadencioso, deliciosa seducción, que serpentea y casi gime. En su mano sostiene una descomunal hamburguesa mientras con los dedos de la otra se limpia una succulenta salsa BBQ que le escurre por el borde de sus labios entreabiertos. Son tan carnosos y están tan perfectamente húmedos que se antoja hacerles lo mismo que ella a la chatarra. De sólo pensar en la textura y el sabor, agrídulce anglicismo *barbecue*, la saliva en nuestra boca se vuelca en un mar desbordante. Hamburguesa americana que no conoce de prudencia, curvas femeninas escondiéndose muy apenas tras un *shortcito* cuya tela bien podría confundirse con ropa interior si le restaran un centímetro de largo: todos nuestros sentidos se complacen. Un comercial de Carl's Jr. es tan satisfactorio como la primera mordida que se da al conjunto de pan, carne, aderezos y tocino en el restaurante.

La comida no es sólo una necesidad básica para la vida humana. Si bien podemos rezarle a la Divina Providencia para que nunca nos falte casa, vestido y sustento, también es cierto que la satisfacción plena no se alcanza con tan sólo una canasta básica de frijol, arroz y pollo. Cada mordida significa más que ese valor calórico que sólo el torrente sanguíneo comprende —carbohidratos,

grasas, vitaminas— y que, en realidad, no representa nada para nuestra satisfacción personal, para el contoneo de la lengua, el éxtasis de las papilas, sabor. Cuando nos deleitamos con la comida no lo hacemos únicamente por cumplir con la estricta pirámide alimentaria, pues en el masticar se manifiesta nuestra propia medida y exceso. Por eso, el deseo se encarna en el comer. Cada alimento es un fenómeno hecho para los sentidos, una experiencia erótica.

Si en el comer no existiera el erotismo, nuestra preocupación de llevarnos algo a la boca sería completamente nutricional. Y sólo en ese mundo imaginario, los dietistas resultarían innecesarios, como también las tablas de calorías y regímenes frígidos que constriñen la avidez: indicaciones médicas que son muletas de la satisfacción, recetas que parecen ortodoncia del apetito, prohibición como corsé del gozo. Si la comida no implicara el erotismo, nadie trabajaría para frenar nuestra libido culinaria en favor de la vitalidad. Los nutriólogos no tendrían que luchar contra una verdad irrefutable: unos años más de vida no valen nada si se sacrifican por ellos las alitas grasosas, papas a la francesa, el chocolate y el helado.

El linde entre cuerpo y comida es diminuto. La naturaleza del deseo es tan versátil que se deja cautivar por una piel deliciosa o por un sazón exuberante. Quizá de allí se expliquen los apodos de los seres queridos que empalagan a los espectadores cercanos al punto de atiborrar nuestros oídos de azúcar que, al paso de unos minutos, se cristaliza provocando la sordera. Esos toscos sobrenombres que hacen del mundo un inmenso aparador de dulcería y en cuyas calles caminan bomboncitos, ricuras y chocolatitos. Todos ellos chorreando, en cada paso de su caminar, barriles enteros de lastimosa azúcar y primitivo infantilismo.

Se asocia la comida con el placer, no sólo por los atributos afrodisíacos que se le adjudican a los suaves y húmedos mariscos ni tampoco siquiera por el uso lascivo que hace de la comida un aderezo sexual. La televisión inculca el empleo de una crema batida

que no se encuentra fácilmente en el refrigerador mexicano, las *sex shops* venden ropa íntima hecha con un dulce no fabricado para niños, el *posporno* hace caso de la forma sugerente de las frutas y les da el papel principal de sus grabaciones. Pareciera que en la forma de la fresa se esconde la sensualidad de unos labios y el chupar es un acto sugerente, una metonimia erótica.

Uno camina por la calle sin la intención de probar bocado alguno: quizá de paso a la estación de metro más cercana, a lo mejor regresando a casa del trabajo, probablemente en dirección al cajero automático. Sin embargo, poco se puede hacer cuando de frente a nosotros en la banqueta se acerca un alguien que, en su mano, lleva un elote preparado. Ver los granos calientitos embadurnados de mayonesa y espolvoreados con una alfombra de chile piquín es completamente irresistible. Ese suertudo de elotes le da una mordida, mastica el bocado que sabe a maíz picosito con limón y casi podemos saborearlo a su semejanza de sólo ver cómo las comisuras de los labios se le llenan de queso rallado y mayonesa. Mordida, elote; mordida, chilito; mordida, todojunto. Los dientes son ese molcajete que reúne los sabores.

El antojo no tiene medida alguna con la cartera, su amo es el capricho. Sabe convencernos cuando, pasos más adelante, aparece el marchante con su tambo humeante como máquina de vapor lleno de elotes cocidos. Justo al lado, el anafre fríe los granos con epazote y la mano hábil unta los ingredientes en un nuevo individuo que regocijará la lengua. La comida es erótica porque se nos antoja por los ojos, nos cautiva en sus olores, nos derrite el paladar, y ni siquiera le hemos dado una mordida.

Si bien la comida es deseo, incluso en ella existe un límite entre erótico y pornografía. El acto erótico es siempre una provocación, una intermitencia entre lo que se muestra y lo que no, seducción entre lo explícito y lo implícito. Erótico no es el desnudamiento completo; “¿el lugar más erótico de un cuerpo no está acaso allí

donde la vestimenta se abre?”, se pregunta casi afirmando Roland Barthes. Nos resulta placentero ser espectadores de la piel que centellea entre dos piezas de ropa porque es una alusión de todo lo que aún se esconde ante los ojos. El erotismo es un voyerista con imaginación desbordada. Se dedica a incitar con lo mínimo, se deleita en el enigma. Es el llegar a casa con un hambre que parece trozar las tripas como samurái, abrir la puerta de entrada y degustar el olor de la comida recién hecha que se está terminando de cocer en la estufa. Es revelación velada, un gozo inmaterial que se satisface en los sentidos. No haber probado bocado y ya tener la boca hecha agua porque el olfato también conoce de sal, especias y sazón.

Contrasto los comerciales de chatarra que sexualizan la comida con esa escena donde Inés Arredondo nos enseña a comer mangos:

Más tarde me levanté, me eché encima una bata corta, y sin calzarme ni recogerme el pelo fui a la cocina, abrí el refrigerador y saqué tres mangos gordos, duros. Me senté a comerlos en las gradas que están al fondo de la casa, de cara a la huerta. Cogí uno y lo pelé con los dientes, luego lo mordí con toda la boca, hasta el hueso; arranqué un trozo grande, que apenas me cabía y sentí la pulpa aplastarse y al jugo correr por mi garganta, por las comisuras de la boca, por mi barbilla, después por entre los dedos y a lo largo de los antebrazos. Con impaciencia pelé el segundo. Y más calmada, casi satisfecha ya, empecé a comer el tercero.

De entre toda la comida, quizá las frutas sean las que muestren con mayor evidencia la condición del erotismo. Su cercanía con la exaltación de nuestros cinco sentidos es íntima: qué delicia provoca la textura y sabor del mamey para el gusto; el olor de un melón revela el secreto dulce que se disimula en la ruda cáscara; cuánta vivacidad hay en los colores brillantes de la sandía y del kiwi; el sonido pecaminoso de la mordida a un fruto edénico le descubrió al

hombre su propia desnudez; cómo disfruta el tacto de la suave piel de un durazno o de las gotas que escurren por la avidez de comer.

Las frutas nos obligan a ejecutar actos de satisfacción: apachurrar, chupar, morder. Todos son contactos puros del cuerpo. El hueso es un vestigio de unos dientes hábiles cuyo rastro es completamente diferenciable de la racionalidad del cuchillo. No existe fruta perfecta, todas reflejan al individuo que las saborea. Quizá por eso la gente floja o apresurada prefiera los plátanos, sólo en la desesperación de la vorágine de la adultez, una fruta que se puede engullir tan fácilmente se convierte en la favorita. Los mimados y desocupados, por ejemplo, poseen el tiempo para tener una predilección por la complejidad de la piña.

En contraste, la pornografía alimentaria es deudora del exceso. Los norteamericanos son especialistas en preparar esta comida grosera que no es más que un elogio del azúcar y la grasa. Tan explícita que todos sabemos de su desmesura: es dañina, pero gozosa; no es sana, pero qué bien sabe. Una hamburguesa de doble tocino se aleja completamente de la sutileza erótica, es la muestra perfecta de las bombas calóricas pornográficas que desdeñan la austeridad. Basta con ver las recetas de cocina que se comparten en redes sociales, edulcoradas con una música cursi como niña de cinco años: tres cucharadas de azúcar, una taza de chispas de chocolate, gomitas de dulce, crema batida, cocoa al gusto, crema de maní, lata y media de leche condensada. No existe modestia, es un gozo que no nace del sabor ni de la delicia, sino del atrevimiento de consumir sin medida. Reto al límite.

La publicidad se ha dedicado a excitar nuestra voluntad con la sexualización de la comida. Las cámaras enfocan y ralentizan la manera en cómo un queso derretido se expande por la superficie porosa de un pan recién horneado. Cuántas veces no hemos visto a una salsa rojísima cubrir por completo el corte jugoso de una carne de res. Toda la comida muestra su momento preciso de perfección,

ése en el cual el vapor que exhala es succulento y profuso. Lo cierto es que la ilusión de la pornografía también nos hace saber que en la realidad no es igual, a pesar de que las cuentas de Instagram se desvivan en captarla al punto de hacer lucir a una triste lata de atún como platillo insuperable. Me pregunto si acaso esa obsesión por la comida no sea tan sólo un reflejo de nuestras más profundas ansiedades. Bikinis, tocinos, senos de silicón. Ese afán por un supuesto exceso no despierta los instintos animales, sino un comportamiento frígido que se contenta en lo pulido. Como si nuestros deseos estuvieran tan apagados que tan sólo nos podemos reconfortar en la insistencia por aparentar un gozo extremo. La atrofia de nuestros órganos de placer nos condena a habitar esa mascarada donde todos visten el disfraz del desenfreno, aunque ya nadie sepa usar los dientes, las uñas o los labios porque no hay alguien que parezca dispuesto a ensuciarse la boca con jugo de mango con tal de lograr la satisfacción plena.

Finitud del antropónimo

Una decisión fortuita

Dibujo las letras de mi nombre por milésima vez. Quizá sea, entre todas, la palabra que me resulta más familiar. Es mi palabra. Yo no la elegí, pero prontamente pasó de ser una imposición a serme íntima. Trato de imaginarme con otro nombre. ¿Y si yo fuera una Andrea? ¿Una Verónica? ¿Una Cecilia? Definitivamente no me identifico con ninguna. Sus caracteres inscriben en mi cerebro los rasgos del rostro de mi exjefa, de una amiga cercana, de una compañera de la primaria. Pero no puedo reescribir toda mi historia con otro nombre. Cambiar de mote en automático me pide cambiar de peinado, de voz y de costumbres. Ser una nueva persona.

Nombrar a los hijos es una de las cuatro tareas básicas que conforman, a grandes rasgos, el ideal de la paternidad. Los padres existen para cuidar, alimentar, regañar y poner nombres. Esta última actividad me parece fascinante, una apuesta riesgosa. Sin verdadera conciencia, todo padre experimenta el gozo más grande de utilizar una lengua: dar nombre a otro. Sin embargo, muchos ven esta decisión como un problema al cual encuentran diferentes soluciones: repetir el nombre del padre o del abuelo en una suerte de réplica monárquica, consultar un pintoresco librito con nombres para el bebé, homenajear las obsesiones personales (que van desde el fútbol hasta la Biblia), o combinar antropónimos sólo porque juntos suenan más bonito.

Sea cualquiera de las anteriores, todo nombre de pila es una imposición, ejercicio dominante, colonial. Por eso, definitivamente, es extraño pensar que las diez letras que componen mis dos nombres me sean tan entrañables. Yo no los decidí, pero la repetición me ha hecho pensar que de alguna forma me pertenecen. Si alguien lo grita, yo volteo la cabeza. Si le cambian una sola letra, no logro reconocerme en él. Un nombre es marca para toda la vida.

Qué fácil sería copiar la técnica que los hebreos tenían al nombrar a un nuevo hijo: sencillamente, su mote se decidía a partir de lo que el padre veía por vez primera ante su nacimiento. O mejor aún, asumir como los romanos que los nombres no son infinitos y, ante cualquier falla en la imaginación, preferir el uso de un número romano: Quintus, Sextus, Septimus. Pero lo cierto es que el cambio de esas costumbres no obedece a un capricho, sino a las necesidades que el uso social del nombre plantea. Las familias de hijos únicos no necesitan numerar a sus vástagos para no perder el orden. Como tampoco sería viable bautizar a los niños con lo primero que se viera a la hora del parto en un hospital: ¿Camilla?, ¿Suero?, ¿Bisturí? Todos tienen potencial de nombre propio, pero ya me imagino el caos que sobrevendría: si las personas se acomplejan porque un perrito faldero comparte su apelativo, definitivamente se sentirían menospreciados por ver en su credencial electoral aquella palabra que denomina a un objeto.

En el Génesis, Dios le pide a Adán que ponga un nombre a las bestias y aves. Así es como le regala un poder casi infinito: el del lenguaje. La astucia de Dios le hace saber dos importantes lecciones lingüísticas. La primera: la lengua delimita, da identificación, se compone de signos diferenciadores. El todavía obediente Adán le llama elefante al elefante y león al león. En ese acto descubre una segunda enseñanza adelantándose a Saussure desde el inicio de los tiempos: la lengua es un hecho social. Este precepto le queda claro cuando termina su labor de lexicógrafo y se da cuenta de que no tiene nadie quien le ayude: “Llamó, pues, Adán por sus propios

nombres a todos los animales, a todas las aves del cielo, y a todas las bestias de la tierra: mas no se hallaba para Adán ayuda o compañero a él semejante”. Adán se sabe solo.

Actualmente, en las actas de nacimiento, los padres juegan a ser Adán *nomotetes*, es decir, nombradores. Mediante unas letritas mecanografiadas hacen constar su fatal o bienaventurado designio. Lo cierto es que papá y mamá tienen una tarea que se le suma a la de elegir el mote: supervisar los dedos traviosos de la secretaria. Un error en las teclas será heredado al hijo. Como ocurrió con mi amigo Edgar, quien se resignó a la errata que le pinta figura de nórdico o de personaje de *El señor de los anillos*, aunque en la imaginación de sus padres estaba un proyecto menos ambicioso: regalarle el nombre de su padre, Edgar Rodríguez.

Muchos nombres extravagantes se los debemos no al descuido sino a la imaginación parental. No faltan los creativos y cursis que combinan sílabas de sus dos nombres hasta llegar a una palabra como Anbú, que es remembranza de los padres Ana y Bulmaro. Y su selección no sólo expide un tufo ególatra, sino su falta de interés en la ortografía hispánica; pues poco les importó poner una “n” antes de la “b” que provoca un malestar en la garganta.

Al menos ellos tuvieron la delicadeza de componer una palabra nueva. Mi sobrina Iramsi debe su nombre a un fenómeno de espejo que a su madre, Ismari, la llevó a voltear su propio nombre. Ya me imagino el bautizo de mi sobrina-nieta en unos años, Marisi o Amsiri, da igual; al fin y al cabo, todo nombre de sílabas entrecortadas tiene pinta de sumerio.

Pienso en los nombres mientras escribo el mío debido a una revelación reciente. Durante veinticinco años le he dicho Martín a uno de mis tíos políticos sin saber que es una versión corta de su nombre completo. Cuatro letras faltan a su verdadera identidad: Martiniano; un nombre casi prócer de la patria, villano de telenovela y que, como decía su suegra, tiene todo de bueno excepto por el “-ano”.

El nombre es la cosa

En varias pláticas de sobremesa, mi padre me ha contado la manera en cómo eligió mis nombres mientras comemos galletitas. Su reflexión casi erudita lo llevó a pensar en dos que fueran fáciles de pronunciar y escribir para un niño, diferentes a los de sus familiares para agilizar las llamadas por teléfono, armónicos al pronunciarse juntos, y, principalmente, de un significado bello. Me insiste en que descartó muchos porque, a pesar de cumplir con todas sus expectativas infringían la última regla que le parecía más importante. *¿Cómo le pones a tu hijo un nombre que significa “guerra” o “amargura”?*, me dice siempre. *Si a alguien se le dice que es tonto, por el hecho de repetírselo, quizá termine siéndolo aunque en un principio no fuese así. Lo mismo pasa con los nombres.*

La seguridad con la que deja caer esa sentencia en su taza de café me impacta. La idea que mi padre tiene del destino huele a la Grecia antigua. Para él los nombres son objetos sagrados, otorgan virtudes o manchan caminos. Con su comentario, nos ha regresado a la discusión antiquísima que tenía ocupados a los frailes del Medioevo y la replantea: la cosa es el nombre.

Si nuestra vida fuera espejo del significado de nuestro apelativo, muchos de mis conocidos tendrían que ser magnos guerreros, cazadores de osos o héroes impíos. Varios nombres germanos aún son elegidos por los padres aunque no sepan que en su origen trataban de marcar el destino de un hijo apto para la guerra. Sin embargo, mis amigos Gerardo, Alberto y Adolfo no emprenden ninguna batalla diaria más que al intentar escabullirse para entrar en un vagón del metro.

A pesar de esas contradicciones, a veces me pregunto si en verdad en el antropónimo no está suscrito algún rasgo o defecto. Para mí, las Marianas suelen ser un golpe en los riñones. Mi prejuicio ante todas las que conozco me hace detestarlas de tan sólo saber su nombre y confirmar mis sospechas con su arrogancia característica. ¿Por qué todas las Ximenas de mi generación son niñas

mimadas? Si el significado del nombre es azar en plenitud, no entiendo por qué hay algunos que parecieran ser sellos de personalidad que garantizan un tipo de carácter. Pareciera que a todos nos está vedado salir de los márgenes impuestos por nuestro apelativo.

Agradezco que mi nombre no fuese elegido por el onomástico. De ser así, me llamaría Gonzala o Gregoria. Fue con el Concilio de Trento que se consagró la costumbre de adoptar a los santos católicos como patronos del hijo que naciera en su día festivo. Esta usanza hizo desaparecer casi por completo otros moteles que resultaban familiares antes del apogeo del cristianismo: Lope, Elfa, Garci, Tello, Violante. Nombrar a partir de los santos es una manera de apadrinar a los hijos con una fuerza superior, al punto que les permite seguir el camino de quien honran. Mismo ejercicio de dar al bautizo el poder de enderezar conciencias. No obstante, conozco Virginias, Santas y Esperanzas que se rebelan a las virtudes ostentadas en su nombre.

Sobrenombres

Todo nombre es susceptible a deformarse. Sobre todo si sobrepasa las dos sílabas de extensión y se le busca un hipocorístico, manera corta de llamar al otro. Si los padres son los que eligen el nombre del hijo, la sociedad se encargará de esconderlo tras un apodo. Es cierto que existen algunos que podrían ser deseables y cariñosos, pero también es verdad que la mayoría son juegos de ingenio cuyo fin es la mera ridiculización. De nada sirve llamarse Guillermo si pronto habrá de cambiarse por Memo, Memito o, peor aún, el Gordo. Las familias son especialistas en fosilizar los diminutivos que, cuando niños, no quedan mal en nadie; pero que en la adultez se escuchan tan ridículos como el vestir un pañal en la oficina.

Los apodosos son callosidades de la identidad cuya molestia se disminuye por la costumbre y el uso. A veces, esos apelativos

espurios terminan por suplantar al original. De allí que nos parezca extraño el nombre de Aristocles, pero no el de Platón. Las anchas espaldas del filósofo le dieron un mote que usará por la eternidad. El apodo no es sólo un sobrenombre sino un dedo que señala y hace justicia a la raíz latina de la que proviene, *apputare*, que significa “evaluar” o “comparar”.

En los últimos años, los apodos no gozan de tanto prestigio entre la sociedad debido a las campañas *antibullying* que atiborran las escuelas. No me imagino a Cervantes quejándose ante la Comisión de Derechos Humanos por el acoso e insatisfacción que quizá le produciría en estos tiempos ser llamado el Manco de Lepanto. Es cierto que se zanja una enorme brecha entre los buenos y los malos apodos. Pero la prohibición acrítica sesga la imaginación: ser poseedor de un apodo terrible forja el carácter. Y ponerle sobrenombres a los otros es ejercicio cerebral y demostración creativa.

Los alias¹ nos convierten en un otro, son palabras máscara que diluyen la identidad. Si la carne, alma y sexo pueden condensarse en un mote, de la misma forma puede modificarse e incluso abrir oportunidades que ciertos estatutos cerraban. Para las mujeres el cambio de un nombre es un travestimiento lingüístico que en ocasiones da más oportunidades y revela su poca valía en ciertos círculos de influencia. Incontables mujeres han decidido mutar su nombre para *ser tomadas en serio*. El pseudónimo corrobora los prejuicios sobre los sexos. A Joanne Rowling le pidieron esconder su mote femenino tras dos letras que no la descubrieran como mujer. Cecilia Böhl de Faber, Mary Anne Evans y Amantine Lucile Dupin hicieron lo mismo velando su identidad bajo los ahora reconocidos nombres de George Sand, George Eliot o Fernán Caballero. El nombre funciona a veces como una llave, puede conducir a la apertura.

¹ A la lengua de Virgilio debemos mucha de la tradición de nuestros nombres, así como nuestro interés por desfigurarlos. Esta palabra proviene del latín: *alia nomine cognitu* que significa “conocido por otro nombre como”.

El sobrenombre es un escondite no sólo para quienes usan pseudónimos sino hasta para malhechores o soldados. Los nombres de guerra pueden ocultar una vida para forjar otra en la trinchera, como es el caso del afamado subcomandante Marcos. Narcotraficantes y asesinos se resguardan bajo alias que les crean una fama, a veces, televisiva: la Barbie, el Chapo. En la palabra edificamos un refugio, el verbo es antifaz.

Apodos, alias, sobrenombres: elegir el propio mote es más que una emancipación. Es el deseo incesante de ser ese otro capaz de conservar la experiencia y la memoria en un frasco de salmuera.

Carnet de identificación

En la actualidad, el nombre parece ser una paradoja infranqueable. Si bien es cierto que su función primaria es individualizar, con el tiempo se ha preferido una estandarización que se basa en la repetición *ad nauseam*: Juan, Ana, Pedro, José, María. El consenso general rehúye a la excentricidad. Incluso, algunas instancias gubernamentales apoyan esta idea al prohibir ciertos motes que por su evidente extrañeza “exponen a los menores de edad a las burlas”.

El 12 de febrero de 2014, la Dirección General del Registro Civil de Sonora publicó la lista con los nombres que estarían prohibidos para su uso. Su arbitraria decisión dictaminó lo que resulta peyorativo, discriminatorio o infamante. Curiosamente, la persona detrás de esta elección² recopiló marcas de productos, anglicismos y anfibologías que mancillan la hispanidad o las conciencias débiles: Burger King, Hitler, Indio, Rambo, Sonora Querida o, mi favorito, Escroto.

Es verdad que, en una primera lectura, todo nombre fuera del uso común salta a la vista como una mancha; pero también es un

² Seguramente un experto en lexicografía, distinguido lingüista o filósofo del lenguaje (información por confirmar).

hecho que la sobrepoblación nos ha desbordado por los lindes del planeta a un punto casi inimaginable. En un mismo salón de clases pueden convivir personas cuyos nombres son parte de la moda de una generación o de la falta de creatividad que recicla los clásicos: tres Marías, un montón de Alejandros. Es cierto que las sociedades modernas encontraron en el nombre familiar la resolución al problema de los antropónimos limitados, pero en definitiva las confusiones continúan. Pareciera que los padres extravagantes tienen una creatividad lingüística que resulta necesaria aunque terrible: el niño Walmart, la pequeña Sherlyn Topanga, el joven Rodolfo Goku podrán padecer el escarnio, pero no experimentarán la terrible desazón de saberse calcomanías repetidas.

La finitud del nombre es pata coja del lenguaje. Revelación de que todo acto humano tiene los días contados como la vida misma. Es fácil que la identidad personal (ésta que defendemos y preservamos con ademán sagrado) se diluya al hacer una búsqueda básica y mínima en Facebook: teclear las letras de nuestro nombre nos posibilita desdoblarnos y conocer brevemente la vida de esos otros que también giran la cabeza cuando les llaman por esa palabra que parecía ser nuestra solamente. Nuestro nombre es compartido, es maldición de tocayo. Se disemina en el mundo y es tan nuestro como de esas otras manos que lo inscriben en actas, talones y firmas sin saber que nosotros también nos amarramos a la fragilidad de su escritura.



Tomografía de lo ínfimo,

de Laura Sofía Rivero, se terminó de imprimir en noviembre de 2018, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta: Carlos Fernando Bernal Gutiérrez. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y la autora.
Editor responsable: Félix Suárez.

